



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

1
2ej.

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS
Y SOCIALES

HERBERT MARCUSE Y EL MARXISMO SOVIETICO,
UN ANALISIS SOCIOLOGICO

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A:

MARIA CRISTINA AGUILAR RAMIREZ



ASESOR DE TESIS:
MAESTRA: MARGARITA ALEJO LOPEZ

MEXICO, D. F. 1994

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A José y Antonieta

A la Generación Perdida

Agradezco a la Maestra Margarita Alejo, su sincero interés en este trabajo.

A los Profesores José María Calderón, María del Socorro García y Gerardo Torres, sus valiosos comentarios.

I

Í N D I C E

INTRODUCCIÓN.....	I
CAPÍTULO I. LA ESCUELA DE FRANKFURT.....	1
1. Instituto de Investigación Social de Frankfurt...	1
2. Teoría tradicional y teoría crítica.....	6
3. Los fundamentos teórico-normativos de la teoría crítica.....	11
4. Marcuse y la Escuela de Frankfurt.....	36
CAPÍTULO II. HERBERT MARCUSE Y EL MARXISMO SOVIÉTICO.....	51
1. La evolución intelectual de Marcuse: su orientación ideológica a partir de 1940.....	51
2. Los planteamientos de Marcuse sobre el marxismo soviético.....	53
2.1 La sociedad soviética, coexistente y competidora respecto a la sociedad capitalista.....	60
2.2 Una base técnico-económica común a ambos sistemas.....	69
2.3 El totalitarismo en la sociedad soviética..	73
2.4 Crítica del socialismo.....	77
3. Marcuse y la teoría trotskista de la revolución traicionada.....	82
CAPÍTULO III. CONCLUSIONES.....	93
1. En torno a los planteamientos de Marcuse sobre el marxismo soviético.....	93
2. Hacia una caracterización de la ex-Unión Soviética y las causas de su desaparición.....	100
BIBLIOGRAFÍA.....	112
HEMEROGRAFÍA.....	116

INTRODUCCIÓN

"La ética soviética funde, los valores éticos y políticos en y para un Estado que ejerce un poder independiente sobre los individuos."

Herbert Marcuse

Hoy el mapa de Europa es otro. La Comunidad de Estados Independientes y la actual Rusia, surgen de las cenizas de la Unión Soviética.

Recientemente en Europa del Este se dieron una variedad de hechos sumamente importantes: por una parte el resurgimiento de una serie de nacionalismos; y de otra una revolución política que, confundida muchas veces con pugnas interétnicas, ha transformado a las naciones del socialismo real.

En este proceso la Unión Soviética, el primer país que emprendió el gran sueño del socialismo, condenó su paso por una administración stalinista de su economía, altamente centralizada y burocratizada, sustituyendo el consecuente sistema brezneviano por una economía librecambista. Estas reformas emprendidas en 1985 influyeron de alguna forma en el resto de los países de Europa del Este.

En 1985 "Perestroika" y "Glasnot" sintetizaban las perspectivas de cambio en la esfera económica y política. Con ello el gobierno soviético escogió un curso de acción que combinaba desde la presidencia concesiones democráticas y

II

elementos del sistema capitalista, transformando un proyecto social que inició con el siglo.

A casi diez años su euforia es cosa del pasado; a partir de la Perestroika y el relajamiento del régimen totalitario bajo una incipiente liberalización de la economía, fenómenos como la escasez y el mercado negro se dispararon a niveles imprevisibles. La implantación de reformas parciales de liberalización se combinaron en formas negativas con las características ortodoxas del sistema de planificación centralizada y obligaron a extremar aún más las medidas de liberalización más allá del control y expectativas de los reformadores.

En el plano internacional la Unión Soviética desplegó una intensa política de distensión que concluyó con la caída del Muro del Berlín y la consecuente conclusión de la guerra fría, para concentrarse en resolver la crisis económica y étnica en su interior.

La planificación económica centralizada llevada al extremo durante más de 70 años demostraba sus retrocesos. El totalitarismo que prácticamente negó toda actividad privada entre los soviéticos y por supuesto, ningún espacio de independencia sindical o cualquier otra forma de autonomía de los trabajadores con relación al Estado, puso al país al borde del desastre económico y político.

Las repúblicas demandaron su independencia, rechazando un Nuevo Tratado de la Unión y aprobando en su lugar la Comunidad de Estados Independientes.

III

Con esta acción la anterior grandeza de la URSS fue sustituida por una comunidad sin grandeza. Actualmente las nueve repúblicas que continúan unidas, de las 15 que eran inicialmente, han adoptado el nombre de Federación Rusa, el mismo que tenían antes de la Revolución de 1917.

Si bien esta situación no fue prevista en sus características particulares, ya desde la muerte de Lenin y la época de formación de la Cuarta Internacional, varios teóricos de las ciencias sociales con enfoque marxista, reprobaron las tendencias totalitaristas de la Unión Soviética y marcaron sus deficiencias.

Herbert Marcuse, desde la óptica de la Escuela de Frankfurt nos invita a reflexionar acerca de la precisión de sus planteamientos para ubicar las causas que desembocaron en la desaparición de la Unión Soviética.

Herbert Marcuse que se apropia de todas las corrientes críticas del pensamiento del siglo XX incluyendo al marxismo, analiza la sociedad soviética y pone énfasis en el plano superestructural como elemento enajenado por el totalitarismo que impide el verdadero desarrollo del hombre, plano donde visualiza la sumisión del pueblo soviético por una continua represión política y psíquica.

Herbert Marcuse, una de las críticas más importantes del régimen soviético, se ubica en una corriente de pensamiento identificada como "Escuela de Frankfurt". Su posición acerca del marxismo soviético va a estar imbuida en esta filosofía.

IV

Escuela de Frankfurt es el nombre que se le dio a una corriente de pensamiento compuesta por intelectuales pertenecientes al Instituto de Investigación Social, fundado en Frankfurt, Alemania en 1923. Su principal producción se realiza durante la década de 1930 en Nueva York, difundiéndose notoriamente desde finales de los cuarentas hasta los sesentas, tanto en Alemania como en el resto del mundo.

La característica más importante de esta corriente, es la forma en que trata de recuperar y defender el momento o impulso crítico requerido por toda teorización.

A la Escuela se le considera como el ejemplo más radical y acabado de la lucha de los intelectuales contra el capital. Aunque se apropiaron del marxismo por ser éste la crítica más explícita de la vida moderna, casi todas las facetas antiburguesas del pensamiento del siglo XIX y XX eran aptas para ponerse a su servicio.

Sin embargo, según Friedman "es una convención intelectual afirmar que la Escuela de Frankfurt es marxista, ya que rompe con Marx finalmente en lo tocante a cuestiones centrales del sistema de pensamiento de éste último."⁽¹⁾

La Escuela de Frankfurt concentró la más viva atención en el reino cultural, haciendo evidente que no veían lo cultural simplemente como el efecto posterior de alguna realidad escondida, sino como el fundamento sobre el cual la realidad

1. Friedman, George; La filosofía política de la Escuela de Frankfurt, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pp. 29-30.

esencial se determinaba a sí misma. El arte y la vida estaban íntimamente vinculados.

Bajo este marco de análisis, Herbert Marcuse, retomando a Nietzsche, Heidegger, Spengler, Freud, Marx y Hegel, examina principalmente la historia de las ideas y la crítica de la cultura, distinguiéndose por la profundidad de sus investigaciones y la importancia de las cuestiones que examina.

Marcuse, de origen alemán pero nacionalizado norteamericano, creó motivos para que las revueltas estudiantiles europeas y americanas de la década de los sesentas, sacaran a su obra del ámbito académico para convertirla en filón de sugerencias críticas y reivindicatorias de los movimientos juveniles.

Fue precisamente en vísperas de esa década cuando elabora el polémico análisis de la ideología soviética.

En su conjunto, este análisis contempla el estudio de la disminución del potencial revolucionario del movimiento obrero europeo y la socialdemocratización de los partidos comunistas, como resultado de la coexistencia de socialismo y capitalismo, coexistencia que sume en el totalitarismo al primero y fortalece al segundo.

Con esto se manifiesta que ni los soviéticos ni los socialdemócratas constituían, desde la perspectiva de Marcuse y la Escuela de Frankfurt, la negación histórica de la negación, puesto que cada uno de ellos tendía a reproducir la actitud occidental hacia el trabajo, la tecnología y la racionalidad instrumental. De este modo los soviéticos cayeron en la crueldad

VI

manifiesta y los socialdemócratas se aproximaron a la reproducción del filisteísmo burgués y de la deshumanización.

En el mismo sentido y fundamentando el problema al igual que Adorno, en la teoría de Marx, Marcuse dice que la Unión Soviética se desarrolló gracias a la confluencia del marxismo y del positivismo. El énfasis marxista en el industrialismo junto con la concepción positivista de la razón, produjeron en la Unión Soviética una noción burguesa de la razón, a la vez que reducían la última a simple instrumentalidad práctica.

El resultado fue la represión política y psíquica. El arte, la filosofía y la cultura fueron reducidas a instrumentos de afirmación. Fueron útiles sólo para reforzar la estructura interna de la Unión Soviética.

Marcuse acierta en resaltar las desviaciones de la nación soviética como sociedad comunista, sin embargo, cae en un error al afirmar que existen tendencias convergentes; es decir, que hay una coexistencia de comunismo y capitalismo, que a la vez que impide la realización del socialismo, impulsa la productividad estabilizando e integrando a la sociedad capitalista.

Cuando Marcuse habla de "tendencias convergentes", se refiere básicamente al desarrollo tecnológico. Con esto, Marcuse pasa por alto que la productividad se ha incrementado y se incrementará con el desarrollo tecnológico continuado, tanto en las naciones llamadas comunistas como en las capitalistas.

Desde nuestro punto de vista, esto no conduce a una mayor estabilización e integración sociales, puede tener y tiene

VII

resultados opuestos que no dependen de manera determinante de la coexistencia de los dos sistemas.

Lo que impide a las sociedades comunistas realizarse plenamente en el paso que ha dado, de la apropiación privada del plus trabajo a su apropiación por el Estado. Y de la parte capitalista un mero aumento de la producción, no es signo de expansión y estabilidad: el predominio a nivel mundial de la economía mixta, representa el reconocimiento de que el capitalismo caería en una depresión si no fuera por los sectores en expansión de la economía dependientes de la actividad de los gobiernos.

Por otra parte, creemos que el análisis de Herbert Marcuse sobre la represión de la conciencia como afirmación de lo existente, no sólo es una fundamentación teórica válida para entender la estructura de los valores éticos y políticos de la Unión Soviética; es básica para entender la reproducción de los sistemas totalitarios.

Estos puntos, la coexistencia de comunismo y capitalismo, con el consecuente desarrollo tecnológico de ambos; la caracterización del socialismo soviético; y la existencia de un régimen totalitario, puntos que son parte medular del análisis marcuseano sobre la sociedad soviética, fueron para acusarlo de repetir la teoría de la "Revolución traicionada" de León Trotsky.

Y efectivamente, ya desde la Cuarta Internacional y desde el punto de vista estrictamente marxista, Trotsky alertaba sobre los

VIII

peligros del burocratismo y de la necesidad de replantear el proceso.

De su pensamiento, Marcuse retoma tres problemas básicos que ampliará bajo otro contexto en su obra "El marxismo soviético": la socialdemocratización de los partidos comunistas; la caracterización del socialismo en la sociedad soviética; y el burocratismo estatal.

De estos problemas trotskianos es de donde partió Marcuse para afirmar el hecho de una coexistencia competitiva entre el socialismo y el capitalismo; coexistencia que incluía procesos de desarrollo tecnológico y social comúnmente opresivos, que hacían posible la reorganización vigorizada del capital, la improbabilidad de la revolución proletaria en estos países y el fortalecimiento del autoritarismo en la Unión Soviética.

Pero, salvo su análisis del Estado soviético como opresor y sus efectos en la conciencia individual, Marcuse no va más allá, sustancialmente, de los señalamientos de Trotsky, e incluso llega a ser superado, tanto por la superficialidad con que se tratan las causas económicas, como por su limitada práctica política con respecto al teórico bolchevique.

Sin embargo, aunque la postura de Marcuse no es suficiente para explicarnos las causas del cambio experimentado por la Unión Soviética, sus planteamientos deben ser valorados para una explicación científica de los recientes acontecimientos.

Para nosotros, las causas del derrumbe de la URSS, no se encuentran en la coexistencia de dos sistemas o en el desarrollo

tecnológico como pensaba Marcuse. Se encuentran en el hecho de que no existía una base de producción socialista que degeneró en la apropiación por el Estado del plustrabajo, en el totalitarismo que llevó al fracaso económico y finalmente a una crisis política.

Con el presente trabajo queremos hacer extensivo el interés por la revisión de la vasta obra marcusiana, para ubicar en qué medida nos confunde o ayuda en la comprensión de las causas de la extinción de la sociedad soviética.

Esta investigación no pretende ahondar en los pormenores de estos cambios, sino invitar a reflexionar sobre la vigencia de las tesis de Marcuse, en torno a la caracterización que hace de la Unión Soviética antes de la Perestroika y las limitaciones o aportes a las ciencias sociales contemporáneas.

Para la sociología, el análisis de estos temas tanto desde el punto de vista marxista, como del no marxista, es de vital importancia, pues implica entender los cambios de una sociedad con su diversidad de fenómenos, en tanto que estos cambios se han gestado en uno de los modelos sociales más importantes de la humanidad.

Y finalmente, más allá de un interés científico, en este trabajo converge también, la inquietud personal por comprender el derrumbe de uno de los grandes mitos de este siglo, el cual inicialmente alimentó de romanticismo a toda una generación y posteriormente la hizo negar o calificar de utópica la teoría marxista.

La estructura de esta obra comprende tres capítulos:

El primero, trata del origen de la Escuela de Frankfurt; su principal producción en el campo de las ciencias sociales: la teoría crítica; y el desarrollo del pensamiento de Herbert Marcuse en este contexto.

El capítulo II, inicia con una exposición sobre las preocupaciones intelectuales de Marcuse desde la década de 1940, hasta la elaboración de su obra "El marxismo soviético". Posteriormente, desglosa los principales planteamientos sobre este tema y los analiza para concluir con una comparación de las tesis del de Frankfurt con la "Teoría de la Revolución traicionada" de León Trotsky.

El capítulo III, dedicado a las conclusiones, está dividido en dos partes. La primera, resume los resultados de nuestro análisis de las tesis principales de Marcuse sobre el marxismo soviético. Y la segunda pretende contribuir a una caracterización de la ex-Unión Soviética, a partir del esclarecimiento de las verdaderas causas de su desaparición.

CAPÍTULO I

LA ESCUELA DE FRANKFURT

1. Instituto de Investigación Social de Frankfurt.

La recuperación o esclarecimiento de las causas que desembocaron en la crisis de la Unión Soviética, objetivo principal del presente trabajo, tienen como marco de referencia las tesis de Herbert Marcuse sobre el marxismo soviético. En este sentido, su ubicación teórica como miembro de la corriente denominada Escuela de Frankfurt, cuna de la teoría crítica e histórica, como personaje influido por los acontecimientos de su época, nos harán más comprensible su juicio sobre el régimen político en la URSS, hacia la década de los sesentas.

Herbert Marcuse, uno de los críticos más importantes del sistema soviético, pertenece a una corriente de pensamiento conocida como Escuela de Frankfurt, nombre que se le dio debido a que sus integrantes eran intelectuales adjuntos al Instituto de Investigación Social de Frankfurt, Alemania.

La característica más importante de esta corriente, es la forma en que trata de recuperar y defender el momento o impulso crítico requerido por toda teorización, para lo cual toma en cuenta el contexto social en que se verifican los fenómenos de la cultura moderna.

A esta construcción analítica de los fenómenos históricos también se le conoce como el método de la Escuela de Frankfurt y se le llama Teoría Crítica, misma que tiene su punto de partida en un análisis crítico de la sociedad a partir de una perspectiva interdisciplinaria: economía, psicología y cultura. La posición de Marcuse sobre el marxismo soviético se deriva de esta filosofía.

El Instituto de Investigación Social fundado en Frankfurt, Alemania, en 1923, fue la institución que albergó a un grupo de estudiosos interesados en profundizar en los fenómenos culturales y políticos contemporáneos, así como en criticar el enfoque positivista en las ciencias sociales. A este conjunto de investigadores se les conoció como Escuela de Frankfurt.

El Instituto alcanzó su madurez intelectual hacia 1930, cuando asume Marx Horkheimer la dirección. Su labor se vio interrumpida por las persecuciones que siguieron al ascenso de Hitler al poder, por lo que se trasladó a Estados Unidos desde donde prosiguió con sus trabajos a partir de 1940. En 1950 regresa a Alemania.

Durante el cierre del Instituto por el arribo del nazismo al poder, sus miembros continuaron su actividad también en París,

además de las diversas universidades americanas o en el nuevamente formado Institute of Social Research de Nueva York, colaborando en la revista Zeitschrift für Sozialforschung y en importantes estudios como *Autorität und Familie* (París, 1936) y *The Authoritarian Personality* (Nueva York, 1950), de Adorno y Horkheimer.

Cuando el Instituto de Frankfurt reabrió sus puertas en 1950, contempló un programa que repetía y perfeccionaba simultáneamente, las perspectivas de veinte años antes, teniendo en cuenta el nuevo contexto social y cultural.

Así, por ejemplo, conservaba una actitud crítica frente a la cultura y la ciencia existentes, y una "propuesta política" para una reorganización de la sociedad que consistía en la oposición contundente al estilo de vida contemporáneo, una teoría social crítica en defensa de la libertad y los valores humanos alienados por el sistema capitalista dominante.

En cuanto a las diferencias con respecto a veinte años antes, éstas respondían al nuevo clima cultural y político. En los años treinta era necesario criticar el clima filosófico de la cultura tradicional alemana todavía vigorosa, mientras que en los años cincuenta, el blanco fue más bien el positivismo y formalismo de las disciplinas sociológicas o antropológicas en general. Esto significaba una nueva forma de tratar los temas fundamentales del humanismo, del socialismo, de la democratización y sobre todo "un nuevo equilibrio conceptual y

epistemológico más orientado a la teoría sociológica que al planteamiento filosófico de los años treinta." (1)

La Escuela de Frankfurt fue, tanto una institución como un estilo de pensamiento. Los análisis hechos por Theodor W. Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Walter Benjamin y Leo Lowenthal, entre otros, comparten un punto de vista que acerca de manera crítica las orientaciones del marxismo, del psicoanálisis y la antropología. "Ejercieron una crítica contundente y sin par del modo de vida actual. Dicha crítica sirvió como punto de referencia a muchos de los movimientos estudiantiles de la década de los sesenta." (2)

Así pues, tomando como punto de partida la dialéctica crítica, la Escuela de Frankfurt repite, a un nuevo nivel, las tesis lukacsianas sobre la conciencia cosificada y su liberación en una razón que aspira a la totalidad. Desde este enfoque fundamental, cuyo producto más conocido es "El hombre unidimensional" de Marcuse, se constituye la teoría social crítica del grupo de Frankfurt como paso posterior de la sociología empírica al servicio de una libertad humana cuya esperanza hay que mantener frente a toda negación histórica del presente.

1. G.E. Rusconi; Teoría crítica de la sociedad, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1977, p. 192.

2. George Friedman; La Filosofía Política de la Escuela de Frankfurt, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p.11.

"Desde ahí se desarrolla la teoría de la familia y la personalidad autoritaria" (3), en que Marx, Weber y Freud se integran críticamente para denunciar la fuente de esa alienación de la subjetividad personal; la vida privada como reproductora de las relaciones de dominación con que se mantiene el sistema objetivo de la economía y la política. "La última objetivación de ese engranaje de estructuras autoritarias habría desembocado en el nacional-socialismo." (4)

La Escuela de Frankfurt, como grupo dominante dentro de las corrientes sociofilosóficas de los años sesenta, se disuelve después de la muerte de sus dos mayores representantes, Adorno y Horkheimer en 1969 y 1973 respectivamente.

Del resto, algunos como Jürgen Habermas continuarán posteriormente con la difusión de la tradición más genuina de la Escuela; otros como Walter Benjamin se perderán en la búsqueda de un sujeto revolucionario procedente del exterior, encontrando - paradójicamente- la alternativa en el suicidio. Herbert Marcuse por contrario, se estable en los Estados Unidos trabajando como profesor e investigador en las principales Universidades e Institutos de Inteligencia de este país, situación que influirá profundamente en su producción teórica posterior, y en su posición de no intervenir en política activa. En Estados Unidos

3. R. Nevit Sandford; The Authoritarian Personality; Nueva York, 1950.

4. Carlos Moya; Sociólogos y Sociología, Siglo XXI Editores, México, 1970, p.289.

obtiene la nacionalidad norteamericana y allí permanece hasta su muerte, en 1979.

2. Teoría tradicional y teoría crítica.

Teoría crítica es el enfoque de las investigaciones y trabajos de la Escuela de Frankfurt y más precisamente, es su núcleo teórico, pues se erige como una teoría de la historia y de la cultura donde hace una crítica de la dominación.

La teoría crítica consiste en una orientación filosófica para analizar los procesos sociales; es una teoría consciente, tanto del contexto social del que surge, como de su contexto de aplicación práctica.

La teoría crítica postula la tarea de investigar críticamente el curso empírico de la historia con referencia a las posibilidades de la razón encarnadas en ella.

Herbert Marcuse, junto con Horkheimer, Pollock y otros ya mencionados, son los protagonistas de la teoría crítica. Esta surge como intento de reflexión sobre la crisis de la sociedad burguesa y del capitalismo; está formada por la experiencia de dos guerras mundiales, del fascismo y del fracaso de la revolución en Occidente. Este enfoque teórico se preocupa por analizar las contradicciones generadas por el desarrollo totalitario de la acumulación, la cual invade y adapta a sus necesidades todas las esferas de la vida social, relacionando el

crecimiento de la sociedad industrial y de masas con la integración autoritaria de éstas últimas.

Es característico de la teoría crítica centrar el análisis en las superestructuras ideológicas e institucionales, con base en la idea de que éstas, en una sociedad transformada en sistema, ya no se pueden deducir simplemente del análisis de la acumulación y de las relaciones de producción, sino que casi se han convertido en prerequisites para éstas últimas.

Horkheimer por ejemplo dice que, "con el cambio sustancial de posiciones y de significado del individuo en la sociedad contemporánea, el concepto mismo de dependencia de lo cultural con respecto a lo económico ha sido modificado." (5) Esto exige una diferente estructuración de la teoría crítica con respecto a la teoría tradicional. Lo que para ésta última son datos de hecho ahistóricos, para la teoría crítica son productos de una determinada situación social. La intención de fondo de la teoría crítica es el rechazo de la coincidencia entre ser y pensamiento, verdad y realidad, que el idealismo, el irracionalismo y el positivismo, con formas culturales diversas pero sustancialmente semejantes defienden.

La teoría crítica por tanto, se opone a la teoría tradicional porque ataca el principio de identidad entre razón y realidad prevaleciente en la filosofía de occidente; así también se opone al fundamento positivista de la teoría tradicional que

5. Max Horkheimer; Teoría crítica, Amorrortu, Seix Barral, Buenos Aires, 1974, pp. 251-253.

pretende que las ciencias aparezcan como una empresa pura e independiente de los intereses prácticos.

La teoría crítica social es, por un lado, construcción analítica de los fenómenos teóricos y, por el otro, referencia de éstos a las fuerzas sociales que los sustentan. Denuncia la separación factual entre individuo y sociedad como un producto histórico de la división del trabajo y de clase. Rusconi dice que "el punto de partida inicial de la teoría crítica es el análisis del sistema de la economía de cambio" (6), representado último como mecanismo natural del sistema capitalista.

Según Horkheimer, la línea divisoria básica entre teoría tradicional y crítica, se determina por la ayuda aportada por la teoría al proceso de reproducción social o, por el contrario, por la subversión de tal ayuda en dicho proceso.

"La teoría tradicional está incluida firmemente en los procesos de trabajo especializados, por medio de los cuales se reproduce la sociedad existente... Organiza la experiencia basándose en los problemas surgidos de la reproducción de la vida dentro de la sociedad actual." (7)

Habermas, quien representa la continuación e incluso la superación de la teoría crítica, reconoce que ésta es heredera de la teoría de Marx, pues nace fundamentalmente por los mismos motivos, a causa de la irracionalidad y la represión de la sociedad contemporánea. Argumenta que la teoría crítica actual de

6. G.E. Rusconi; Op. Cit.; p. 207.

7. Max Horkheimer; Op. Cit., p. 192.

pretende que las ciencias aparezcan como una empresa pura e independiente de los intereses prácticos.

La teoría crítica social es, por un lado, construcción analítica de los fenómenos teóricos y, por el otro, referencia de éstos a las fuerzas sociales que los sustentan. Denuncia la separación factual entre individuo y sociedad como un producto histórico de la división del trabajo y de clase. Rusconi dice que "el punto de partida inicial de la teoría crítica es el análisis del sistema de la economía de cambio" ⁽⁶⁾, representado último como mecanismo natural del sistema capitalista.

Según Horkheimer, la línea divisoria básica entre teoría tradicional y crítica, se determina por la ayuda aportada por la teoría al proceso de reproducción social o, por el contrario, por la subversión de tal ayuda en dicho proceso.

"La teoría tradicional está incluida firmemente en los procesos de trabajo especializados, por medio de los cuales se reproduce la sociedad existente... Organiza la experiencia basándose en los problemas surgidos de la reproducción de la vida dentro de la sociedad actual." ⁽⁷⁾

Habermas, quien representa la continuación e incluso la superación de la teoría crítica, reconoce que ésta es heredera de la teoría de Marx, pues nace fundamentalmente por los mismos motivos, a causa de la irracionalidad y la represión de la sociedad contemporánea. Argumenta que la teoría crítica actual de

⁶. G.E. Rusconi; Op. Cit.; p. 207.

⁷. Max Horkheimer; Op. Cit., p. 192.

la sociedad tiene que ser teórica porque "la filosofía sólo surge cuando la vida social concreta se torna problemática y la insatisfacción de los individuos nace porque sus ansias no se realizan." (8)

Sin embargo, la teoría crítica también viene a ser la unidad de teoría y praxis, porque la crítica teórica sólo tendría sentido si en cuanto teoría fuera capaz de responder haoy a sus expectativas, determinando las necesidades reales y viables de los hombres y tornándose realidad viva en la conciencia de los mismos, como agentes autores de su propia historia.

En síntesis podemos decir que esta teoría fue elaborada con referencia al papel emancipador del movimiento obrero en una sociedad opresora, pero también, en contra de la fosilización del marxismo doctrinario y en contra de las ciencias tradicionales apologéticas de lo existente, en una perspectiva de reconstrucción teórica a la altura de la complejidad del capitalismo contemporáneo, retomando sobre todo, categorías del idealismo hegeliano, de Marx y Freud principalmente.

"La teoría es crítica en cuanto no tradicional, no positivamente externa a su objeto, no instrumento para manipular la realidad, sino toma de conciencia de la sociedad como bloque universal, saber que corroe y debilita la presión que las

8. F. Galván Díaz; Touraine y Habermas. Ensayos de teoría social, UAP, UAM-Azcapotzalco, México, 1986, p. 12.

estructuras sociales ejercen sobre el sujeto, permitiendo así procesos emancipadores." (9)

Según los de Frankfurt, la teoría es también crítica porque pone al descubierto las contradicciones latentes -que tienden a pasar inadvertidas en la conciencia de los sujetos-, vincula el nivel micrológico e individual al de la lógica del sistema social y establece el fin de la ceguera como premisa para una praxis orientada a la emancipación.

En el campo social el trabajo de Marcuse y de los otros miembros de la Escuela de Frankfurt es considerado por muchos especialistas, como fundamental y como presupuesto de una verdadera teoría social crítica, que proporcione indicaciones para ir más allá de una ciencia social orientada al control manipulativo de los procesos, o también de un marxismo escolástico.

La teoría crítica indica el camino para un análisis materialista del presente y legitima sobre esta base una praxis.

Sin embargo, la contribución de los frankfurtianos está muy marcada por su época, tiempo de derrotas y desilusiones trágicas, y por lo tanto, tiende a replegarse en la fase teórica consciente de la represión social, alejándose de la idea de poder orientar una praxis explícitamente política.

9. Carlo Donato et al.; La cultura del 900, Tomo IV, Siglo XXI Editores, México, 1985, pp. 51-52.

3. Los fundamentos teórico-normativos de la teoría crítica.

Si bien la teoría crítica es heredera de la teoría de Marx, sería un error ubicarla totalmente dentro del campo marxista.

Las verdaderas raíces de la Escuela de Frankfurt se deberán buscar en el conjunto del pensamiento antiburgués que surge durante el siglo XX. En la medida en que Carlos Marx es antiburgués, es decir, enemigo del ultraconservadurismo, la Escuela es marxista, por esta razón la Escuela debe situarse a la izquierda por comprometerse con las ideas de igualdad y libertad humanas; sin embargo, su crítica a la cultura burguesa tuvo que inspirarse en otras figuras, además de en la de Marx, que no provenían de la izquierda. Fue la derecha, entendida aquí como negación de la igualdad, quien criticó la cultura burguesa, la cultura de masas. Hombres como Nietzsche, Heidegger, Freud y Spengler fueron los grandes críticos. Ellos cuestionaron lo que se consideraba el fundamento de la masa: la suposición de igualdad entre los hombres; se interesaron tanto por el problema de la razón y la debilidad que producía en el ser humano, como por sus orígenes no exentos de limitaciones. La Escuela de Frankfurt no fue sencillamente de izquierda, porque también desconfiaba de la eficacia de la razón cuando cavilaba sobre aquellos a los que había llegado a servir. Sus raíces están, tanto en la derecha como en la izquierda.

Es importante mencionar con respecto a su influencia marxista, que si bien esta denominación puede resultar inadecuada

para comprender a la Escuela, fue ésta, la que ella misma adoptó en sus comienzos.

Desde los años veinte, los intelectuales de la Europa occidental pugnaron por hacer valer nuevamente un Marx "íntegro" frente a la rígida interpretación oficial de los partidos marxistas. La crítica de la Escuela de Frankfurt a la sociedad capitalista llega a ser en este sentido, la autoconcepción de los intelectuales marxistas de la época, en el aspecto de un retorno al verdadero Marx dialéctico, es decir, un retorno absolutamente crítico. ⁽¹⁰⁾

No obstante, lo que la Escuela nos presenta como una genuina interpretación de Marx en este entorno crítico, refleja ya cambios fundamentales. Desde los primeros estudios de la Escuela queda roto el vínculo que en Marx mantenía unidas la crítica de la economía política con una teoría revolucionaria. Para la Escuela el marxismo se convertirá en instrumento para una crítica ideológica que se muestra recelosa frente a la praxis política.

"En la 'Dialektik der Aufklärung' que Horkheimer y Adorno terminaron hacia 1944 en la emigración, los autores extraen conscientemente la consecuencias de su interpretación crítica de Marx y de las nuevas experiencias históricas. Su obra supone un fascinante intento de llevar la crítica de la sociedad capitalista a un plano histórico-filosófico tan profundo, que alcanza junto al capitalismo liberal criticado por Marx, también

¹⁰. Albrecht Wellmer; Teoría crítica de la sociedad y positivismo, Ed. Ariel, Barcelona, 1979, pp. 143-145.

a sus herederos del capitalismo de Estado o intervencionismo estatal, fijando su concepto." (11)

Pero es también con el nombre elegido, que la Escuela de Frankfurt revela su postura intelectual con respecto al marxismo "Instituto de Investigación Social", esta denominación deja entrever cierta ambivalencia y neutralidad, en particular cuando la Escuela negaba expresamente la posibilidad de la neutralidad valorativa.

Esto se debía a que con posterioridad a la Revolución rusa y a la "domesticación" de los socialdemócratas alemanes, el marxismo presentaba dos opciones políticas, ambas desagradables para la Escuela.

Por una parte, la ortodoxia marxista-leninista, que rápidamente cayó en manos de Stalin; por otra parte, la socialdemocracia triunfante, burocrática y reaccionaria. Ser marxista, significaba a los ojos del mundo, estar objetivamente alienado con Moscú. Valerse de Marx mientras se efectuaban revisiones en su pensamiento, implicaba aparecer como aliado a la tradición de Berstein y Kautsky. La dificultad por lo tanto, residía en que la investigación social marxista se amarró definitivamente al dogma.

Al mismo tiempo, el campo de las ciencias sociales que Marx había intentado reclamar para sí, era reivindicado por los herederos de Comte y Durkheim en Francia, y por los de Weber en

11. Op. Cit., p. 146.

Alemania. La ciencia social asumió el imperativo de verse a sí misma desligada o desenraizada de los temas sociales.

La Escuela de Frankfurt por consiguiente, con su aparente neutralidad, tuvo dos fines: rescatar la investigación social marxista de manos de los marxistas vulgares y liberar a la ciencia social de los weberianos. El nombre Institut für Sozialforschung situó convenientemente a los frankfurtianos respecto a su doble propósito. Pudieron proclamarse marxistas porque cumplían con los imperativos de Marx y pudieron autodenominarse científicos sociales comprometidos con la investigación social.

Todo lo dicho significa que había un profundo acuerdo con algunas áreas del marxismo, por ejemplo, la Escuela se pronunciaba a favor de la primacía de lo material sobre la voluntad individual en la determinación de la acción; o también cuando interpretan la realidad a partir de la teoría de clases, lo cual revela su compromiso con la clase oprimida y, en particular con las propiedades potencialmente progresivas y liberadoras del proletariado. Y, lo que es más importante, estaban empeñados en promover la lucha de clases. No obstante, el compromiso de los frankfurtianos con los perfiles de la concepción marxista de clase y, con algunas de sus nociones específicas, experimenta un giro peculiar: la Escuela estaba comprometida con los fines del proletariado, con sus necesidades objetivas, pero no con el proletariado tal y como era. La Escuela

separa el principio teórico del proletariado, del proletariado existente.

Cuestionar el estado del proletariado, en consecuencia, significaba atacar el núcleo del marxismo. La Escuela de Frankfurt descartó al proletariado como sujeto revolucionario, ya que plantearon que ser defensor y portavoz del proletariado en una época en que el proletariado es profundamente conservador, no llevaría a los movimientos democráticos a ninguna parte.

La Escuela de Frankfurt también consideró a Marx como un determinista histórico. Marcuse lo expone con mayor claridad: "El concepto que vincula definitivamente la dialéctica de Marx con la historia de la sociedad clasista es el concepto de necesidad. Las leyes dialécticas son las leyes necesarias; las formas distintas de la sociedad clasista perecen por sus contradicciones internas. Las leyes del capitalismo trabajan con necesidad férrea a favor de resultados inevitables." (12)

Según Marcuse, Marx consideró que el camino general de la historia estaba determinado por los deseos y necesidades objetivas del hombre. Por ello, al criticar la noción de necesidad histórica, la Escuela de Frankfurt advirtió que rompía con Marx.

Pero la ruptura más profunda con Marx, radica en el problema de la razón.

12. Herbert Marcuse; Razón y Revolución; Ed. Alianza, Madrid, 1981, p.309.

Según Marx, la razón no podría perder jamás su naturaleza subjetiva y su dimensión crítica. Podría convertirse en su opuesto, pero entonces no podría mantenerse frente a la racionalidad en una forma opresiva que hasta conservaría cierta racionalidad interna, pero a la larga la irracionalidad universal sería abolida por el agente de la razón, el proletariado. La posibilidad de que lo racional se convirtiera en objeto opresor y, al mismo tiempo, negara la posibilidad de oposición dialéctica era inconcebible. La razón, por su naturaleza es crítica y astuta. Pero la Escuela de Frankfurt dudó precisamente de ello. La razón había llegado a ser afirmativa y parecía haber perdido la astucia. En consecuencia, el progreso, aun siendo posible todavía en el sentido formal de expandir el dominio de la razón, ya no era liberador dentro del sistema capitalista actual.

En "Dialéctica del Iluminismo" ⁽¹³⁾, Horkheimer y Adorno desarrollan una crítica global de la tradición occidental de la razón, desde sus orígenes en la Historia Antigua hasta la racionalidad contemporánea de contenido totalitario. Para Adorno y Horkheimer y en general para los de Frankfurt, la racionalidad permea el todo social desde sus orígenes y lo anula históricamente cada vez en mayor grado.

Hasta este punto podemos decir que la Escuela está inseparablemente vinculada con el marxismo como tradición. Pero juzgar que la Escuela es marxista y aún en ciertas instancias,

¹³. Max Horkheimer et al.; Dialéctica del Iluminismo, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

exclusivamente marxista, significa comprender sólo un aspecto limitado de su compleja génesis. Los de Frankfurt hicieron una interpretación de Marx mediada por un conjunto de perspectivas no marxistas o antimarxistas. (14)

La Escuela de Frankfurt estaba comprometida con su época, en este sentido, formaba parte del conjunto de pensamiento alemán que interpretaba a la sociedad con base en la teoría de Hegel.

Pero aunque es indiscutible que Hegel ejerció hegemonía sobre su pensamiento, la Escuela discrepó profundamente con las posturas explícitas y con la sensibilidad hegeliana.

Para la Escuela de Frankfurt, Hegel había comprendido correctamente que el proceso de la historia y la razón era la negación. Al hacerlo consagró el papel del juicio crítico que preserva al hombre de la afirmación de lo inhumano. Pero al admitir lo negativo sólo como un paso intermedio, concediéndole solamente legitimidad parcial, Hegel argumentaban los frankfurtianos, "cometió una injusticia con su propia intuición" (15), de modo tal, que negó la significación revolucionaria de su concepción.

Hegel, sostendrían "introdujo el concepto de negatividad y de no identidad para avanzar hacia la reconciliación, es decir, para abolir la negatividad tan rápidamente como fuera posible. Así, después de llegar a la solución del verdadero problema que es, hasta cierto punto, no la positividad particular negada, sino

14. George Friedman; *Og. Cit.*, p. 51.

15. *Og. Cit.*; p. 54.

la categoría de positividad misma, Hegel abandonó rápidamente la solución a favor de la reafirmación del problema." (16)

Para los de Frankfurt, Hegel admite la negatividad para librarse de ella, pues finalmente la negatividad no se opone verdaderamente a lo real, sino que quiere afirmar la esencia de la realidad. Adorno en este punto argumenta que la negatividad es sometida a una limitación lógica, en la medida en que es forzada a la identidad fundamental con la positividad, y Marcuse expuso que la Teoría de la identidad viene a parar posteriormente en la "unidimensionalidad".(17)

La crítica de la noción hegeliana de identidad, hizo dudar de la estructura formal de la noción hegeliana de razón, porque el concepto hegeliano de identidad constituye la esencia de su concepto de razón "la identidad es inaceptable porque en su momento final ya no sería trascendentalmente crítica, al dejar de estar en oposición al mundo. En este caso, la razón se convertiría en un instrumento del status quo mientras que una vez fue su antagonista." (18)

Hasta cierto punto la Escuela admitió que lo real había llegado a ser racional, ello constituyó el problema con el que se enfrentó. Para los frankfurtianos el mundo racionalizado constituía la más grave amenaza para la existencia auténtica. No estaban interesados en la relación de la razón con el mundo en un

16. Op. Cit.; p. 54.

17. Op. Cit., p. 55.

18. Op. Cit.; p. 55.

momento histórico dado. El problema más bien, llegó a ser el de la razón misma: si debe lo racional devenir real; si podrá lo actual ser auténticamente racionalizado alguna vez.

Los de Frankfurt no eran ni hegelianos ni jóvenes hegelianos, porque carecían de la simple esperanza que éstos últimos ciertamente tenían y que constituía el núcleo del mismo Hegel. La historia, esperanza de salvación y certeza de humanidad para Hegel y sus seguidores, había inquietado sobremanera a la Escuela de Frankfurt. Más que eso, el meollo dialéctico de la historia, la razón se había deteriorado y transformado según los frankfurtiano. En vez de liberar al hombre, se convirtió en instrumento de avasallamiento. La Ilustración no había dado más luz a la humanidad; peor, para ellos trajo oscuridad disfrazada de luz. "Los pensamientos de la Escuela de Frankfurt, si no más profundos eran ciertamente más oscuros que los que Hegel se permitió considerar públicamente." (19)

En "Dialéctica del Iluminismo", obra publicada en Amsterdam en 1947 (20), los de Frankfurt dirigen su crítica contra el principal responsable de la degradación y transformación de la sociedad en un capitalismo monopolista y en un totalitarismo político, un responsable que es el baluarte del racionalismo y del idealismo burgués: el iluminismo del siglo XVIII. Dicen que este último trajo como resultado una cultura generalmente mediocre, que proporcionaba incesantemente hechos y actividades

19. Op. Cit., p. 63.

20. Max Horkheimer et al.; Op. Cit., p. 302.

de distracción al hombre-masa y satisfacía sus necesidades por medio de una estructura racional, que llegó a dominar la auténtica creatividad. La creatividad fue sustituida por la industria cultural y el mercado de masas.

La Escuela de Frankfurt advirtió la necesidad de encontrar la clave del problema de la ilustración por medio de Nietzsche. Además, tenían pocas posibilidades de elegir ser influidos por último, ya que eran alemanas cuyo maestro fue el más fiel heredero de Nietzsche y Heidegger.

En Alemania, no se podía ser estudiante de filosofía durante la primera mitad del presente siglo, sin desconocer a Nietzsche. Y lo más importante, no se podía reflexionar sobre los problemas de la filosofía, sin meditar sobre los problemas creados o descubiertos por él. Aun el marxismo cayó bajo la influencia de su pensamiento. (21)

La Escuela aprendió mucho de Nietzsche. En primer lugar los de Frankfurt asumieron el modo de entender la crisis de la modernidad a partir de la concepción nietzschiana del derrumbe del mito y sus horizontes. A partir de aquí, compartieron también un cierto gozo por la liberación producida por la caída de la moral y de la metafísica tradicionales. Se movieron con Nietzsche hacia la crítica de la estructura de la razón como residuo del proceso de la Ilustración; junto con él se sintieron consternados por la cultura de masas que la noción de la razón había forjado.

²¹. Martin Jay; La imaginación dialéctica, Ed. Taurus, Madrid, 1979, p. 43.

Y, finalmente aprendieron con Nietzsche que no hay retorno. Se mantuvieron firmes sin sucumbir a la teología o al romanticismo. El método que desarrollaron como respuesta a esta problemática, la teoría crítica, se orientó por el argumento de Nietzsche contra el sistema.

Para Nietzsche, los sistemas ofrecían falsa unidad. Producen la ilusión de integridad sin tocar la esencia de un mundo ingobernable.

Para la Escuela de Frankfurt, las posibilidades de la historia deberían encontrarse fuera de los sistemas. Tanto Nietzsche como la Escuela de Frankfurt entendieron que la Ilustración estaba agotada.

Para la Escuela de Frankfurt, sin embargo, la Ilustración descollaba por su grandeza; el positivismo había llegado a ocupar el espacio de los sistemas e intentar el pensamiento sistemático, remitía al campo de la Ilustración. Por razones que proceden de Nietzsche, pero en un sentido más profundo, los frankfurtianos se aproximaron a la solución del problema de la Ilustración apartándose del ideal de sistema con que contaban los positivistas.

Para escapar de la sistematización que había llegado a ser la esencia de la sociedad completamente administrada, los de Frankfurt utilizaron una metodología que permitía abarcar una sociedad cambiante y colocarse en oposición a la sistematización falsa y represiva de la modernidad.

Al igual que Nietzsche, los frankfurtianos encontraron cierto gozo en lo que la Ilustración hizo posible: el ataque a las morales estériles y a la metafísica. Marcuse al respecto dice: "Nietzsche pone de manifiesto la gigantesca falacia sobre la que la filosofía occidental y la moral se erigieron a saber, la transformación de los hechos en esencias, de las condiciones históricas en metafísicas." (22)

Nietzsche repudió el intento de convertir acontecimientos pasajeros en metafísicos. En este rechazo de la metafísica, simplemente pregond lo que ya había tenido lugar con el mismísimo proceso de Ilustración. De modo semejante, la Ilustración creó las bases para el ataque a la moral trascendental y antisensual fundada en una metafísica trascendental. Nietzsche también aclamó dicho ataque y asimismo fue celebrado por la Escuela de Frankfurt. Esta embestida hizo efectiva la posibilidad de una vida sensualmente erótica, que fue el legítimo designio de la Escuela.

Las semejanzas entre el análisis de la Escuela de Frankfurt y el de Nietzsche son, en este plano, obvias. Si bien ambos aceptan el poder del movimiento inicial de la razón moderna para abolir la moral y la metafísica arcaicas e inhumanas, el movimiento de la razón conduce necesariamente la modernidad hacia la reafirmación de la no libertad humana. Dicha reafirmación es tanto más perniciosa cuanto que niega su naturaleza abiertamente

²². Herbert Marcuse; Eros y Civilización, Ed. Ariel, Barcelona, 1989, pp. 109-111.

y no deja espacio para su propia refutación. La modernidad es catastrófica para el hombre; crea múltiples posibilidades y, simultáneamente, niega al hombre la posibilidad de realizarlas, negándole autonomía. La manifestación social de la falta de libertad es lo que tanto Nietzsche como la Escuela de Frankfurt despreciaron: la cultura de las masas.

A pesar de la clara influencia de Nietzsche sobre la Escuela, es esencial reconocer que sus propósitos no eran los de Nietzsche. Los frankfurtianos se propusieron la revolución y no la proclamación del superhombre. A la vez que con frecuencia elogiaron a Nietzsche, nunca estuvieron verdaderamente de acuerdo con él. A la larga, la Escuela no pudo aceptar el individualismo de Nietzsche, aun cuando se sintió forzada a acercarse a él, porque eran lo suficientemente sensatos como para comprender que la crisis de la modernidad había sido claramente interpretada por éste.

Al igual que Nietzsche, otro gran filósofo ejercía influencia sobre la Alemania de la época de la Escuela de Frankfurt: Martin Heidegger. Los teóricos de Frankfurt no pudieron evitar reconocer sus aciertos, al grado de asumir sus preocupaciones más de lo que lo admitirían. Marcuse en particular estudió bajo su dirección; Benjamin lo leyó a edad temprana y Adorno erigió una esmerada crítica de sus conceptos.

Hay quien subestima el impacto de Heidegger sobre la Escuela (23) pero lo cierto es que su influencia fue profunda: el

²³. Jay Martin; Op. Cit.; pp. 71-74.

concepto de autenticidad era la categoría fundamental en la ontología de Heidegger. Este concepto sirvió como medio técnico en el intento heideggeriano de establecer la distinción entre lo óntico y lo ontológico; es decir, entre el ser considerado en sus modos o fenómenos y entre el ser y su sentido. Sólo mediante la distinción entre estas categorías y la eliminación de lo efímero en lo óntico, podría alcanzarse el ser auténtico. El propósito implícito en esto, era condensar una esencia del ser que era simultáneamente sustancia, para abolir en el ser la facticidad bruta. (24)

Por lo anterior, Heidegger coincide con Marx al preocuparse por la abolición de la alienación humana en el mundo, incluso lo elogió por elevar el concepto de alienación al centro de la historia, en razón de que la inversión de la alienación es la autenticidad.

La distinción de Heidegger entre lo óntico y lo ontológico significó para la Escuela que la autenticidad que incumbe más a lo ontológico, retrocedería desde lo óntico; es decir, desde la realidad, y por lo tanto desde la práctica social y política. Esta limitante no estaba en el concepto heideggeriano de autenticidad, sino en aquello que la Escuela consideró incapacidad fundamental de Heidegger para suprimir la distinción entre cosas y esencias. Ello significó que la autenticidad se mantendría separada de la realidad social.

²⁴. Martin Buber; ¿Qué es el hombre?, Ed. F.C.E., México, 1992, pp. 86-113.

Por otra parte, Marcuse reconoce como lo hace Heidegger, que el principio de la crítica de la alienación debe residir en la crítica de la metafísica que secciona al mundo en dos dominios, que fragmenta el conocimiento, forzando la división entre los usos del pensar humano.

Por lo tanto, para la Escuela el papel de Heidegger fue doble. En primer lugar, impugnó, junto con Nietzsche, la oposición entre cosa y esencia. En segundo lugar, impugnó el resultado epistemológico de dicha postura: la división del conocimiento en dos modos distintos y opuestos.

La virtud de Heidegger fue su renuncia a tolerar la fragmentación de la existencia. Su búsqueda del ser fue la búsqueda de la totalidad auténtica. Para la Escuela, la categoría de autenticidad denota un verdadero anhelo de totalidad por parte del hombre.

Lo que resultó insatisfactorio en Heidegger, fue su posición oculta tras lo que proponía. Más que servir a la negación de las condiciones inauténticas de existencia en la sociedad moderna, su propósito sirvió para afirmar aquellas condiciones, a la vez que producía la ilusión de negarlas.

El fracaso de Heidegger es profundo: no puede poner al ser en la práctica. Pero se trata del fracaso de Heidegger, no de la categoría de autenticidad.

Esta ambivalencia de Heidegger respecto de la autenticidad, se refleja en la práctica política de los estudiantes de Marcuse. Se advierte que Marcuse fue influido tempranamente en su carrera

por Heidegger, pero rechazó dicha influencia después de unirse al instituto. Sin embargo, para Friedman es mucho más interesante el modo como, a pesar de la disolución de un vínculo formal con Heidegger, e incluso con Nietzsche, éstos continuaron determinando las tesis de Marcuse relativas a la actividad política por el resto de su vida. (25)

Por causa de Heidegger, Marcuse llega a interesarse por la muerte, interés que deriva de cualquier interpretación de lo individual como fin. Heidegger y Marcuse se enfrentan al problema radicalizado de la muerte porque ambos hacen de lo individual algo radicalmente importante. Friedman agrega "Eros and Civilization" de Marcuse termina con el problema de la muerte, quizá tan insatisfactoriamente como lo hace "Sein und Zeit" de Heidegger. Marcuse, décadas después de su ruptura con Heidegger, retornará una y otra vez a sus temas. Su proyecto era el de Heidegger, una vida sin solaz metafísico." (26)

Heidegger posibilitó a la Escuela de Frankfurt, el giro hacia lo que era importante para ellos: el arte y la muerte. Principios éstos que han caracterizado a la Escuela. Sin embargo, es absolutamente cierto que los de Frankfurt rompieron oficialmente con Heidegger y que aun cuando Marcuse jamás lo hubiese olvidado, sus posiciones políticas fueron totalmente incompatibles.

25. George Friedman; Op. Cit., p. 79.

26. Op. Cit., p. 81.

Oswald Spengler es otro de los pensadores del presente siglo que ejercieron influencia sobre la Escuela de Frankfurt.

Formalmente la Escuela negó su influencia, pero sus puntos de vista estaban presentes, tanto manifiesta como encubiertamente. La Escuela siempre sostuvo que era un pequeño-burgués y únicamente Adorno escribió extensa y explícitamente sobre él, pero el espíritu de Spengler impregna toda la obra de la Escuela.

Para los de Frankfurt, tres son las ideas que retoman de Spengler, mismas que constituyen hasta la fecha la esencia de su interpretación de la cultura occidental en el ocaso de la modernidad: 1) la concepción spengleriana del carácter de la Ilustración; 2) la idea del nacimiento de una cultura estática y 3) el argumento de que Occidente retrocedería necesariamente hacia la barbarie.

Esta idea fue decisiva para la noción frankfurtiana de la dialéctica de la modernidad y aunque no interpretaron el movimiento de la Ilustración tal y como lo hizo Spengler, simpatizaron con el énfasis que pone en el acontecimiento cultural como fundamento de la historia. Aun cuando afirmaron - sin suficientes fundamentos-, que las verdaderas causas del acontecer histórico se encontraban en el plano socioeconómico, volvieron su atención hacia el problema de la cultura. Spengler no introdujo la noción de lo cultural como algo histórico, pero fue quien lo popularizó y procuró sistematizarlo. (27)

27. Op. Cit.; p. 85.

Relacionado con lo anterior, la Escuela elaboró un concepto del estado actual de la cultura moderna muy semejante al de Spengler.

Este último afirmaba que Occidente, antes de su resurgimiento en una especie de barbarie debería cruzar por una enervación cultural en la que la creatividad del pasado sería reemplazada por una recreación falsa y superficial, poco profunda y vacía en la grandeza pasada.⁽²⁶⁾

La Escuela vislumbró el origen de dicho vaciamiento de la cultura en la objetivación del hombre por la máquina.

Para Spengler la máquina era la encarnación material de la cultura moderna; la civilización de la máquina llega a anonadar la posibilidad de una cultura creada libremente, volviéndola estática.

La crítica de la tecnología de la Escuela de Frankfurt puede tener otras fuentes, pero su formulación exacta, unida al elogio explícito que Adorno hace de Spengler señala a éste como origen de su crítica de la tecnología y de la máquina por ella engendrada.

De lo anterior se deriva el tercer punto que la Escuela retoma de Spengler: para este último, la sociedad moderna se ha agotado a sí misma. Restan tan sólo dos posibilidades. Una, es la continuación del capitalismo como prisión estática e interminable. La otra, es la caída en la barbarie o el fascismo.

²⁶. Herbert Marcuse; El Hombre Unidimensional; Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968, pp. 15-17.

Para Spengler, la caída en la barbarie está decretada históricamente, la recapitulación del capitalismo es simplemente una posibilidad temible. Para la Escuela de Frankfurt, las dos posibilidades existen y son ambas aterradoras. La caída en la barbarie es el tema de "Dialéctica del Iluminismo" de Adorno. La perpetuación de la máquina-Dios es el tema de "El hombre unidimensional" de Marcuse.

Por esta razón fue Spengler, más que Marx, quien dio a los frankfurtianos su sentido del futuro. Ellos se aproximaron a la historia con más temor que esperanza. Para Marx había una solución, para Spengler el fascismo era la realidad de la historia y únicamente la perpetuación de la sociedad tecnologizada ofrecía esperanza. Para los de Frankfurt la solución estaba en algo más abstracto, sólo "una orgía estética de sensibilidades recreadas ofrecía soluciones serias." (25)

Hasta el momento resulta obvio que los frankfurtianos concebían la crisis de la sociedad moderna y su solución como una multiplicidad de fenómenos, los cuales eran imposible que contemplaran uno sólo de sus maestros.

El fenómeno de la psiquis humana y su comportamiento en la sociedad actual los inquietaba sobremanera, razón por la cual se acercaron a Sigmund Freud.

Este acercamiento debe entenderse también como respuesta directa a lo que ellos consideraban insuficiencia del marxismo en cuanto forma de análisis histórico y psicológico.

²⁵. George Friedman; Op. Cit., p. 89.

Para la Escuela hacía falta un análisis de la estructura de la psiquis, tal y como ésta se recrea a sí misma en la práctica. Sin embargo, para ellos el análisis de las manifestaciones de la alienación de Marx, sólo dejó un esbozo muy simple de la concepción de la psicología del hombre. Ello por un lado, dio por resultado el dominio del conductismo, en algunos campos, a través de los análisis despectivos del psicologismo elaborados por los marxistas tardíos. Por otro lado estaba el fracaso del socialismo en su propósito de reformar la mente humana a medida que buscaba la reestructuración de los dominios social y político.

De la anterior parte su tesis de que tanto Lenin como Stalin se interesaron únicamente por reestructurar la función ideológica, y no una psiquis de acuerdo a una forma de vida nueva y más humana. "La ausencia en Marx de un análisis psicológico abrió, hasta cierto punto, el camino al terror ruso. Prescindir de la subjetividad en una revolución abre la puerta a la reificación y a la tiranía." (30)

Para ellos, la teoría psicoanalítica de Freud al reconocer la oposición entre deseo y razón, y comprender cómo la mezquindad del mundo genera esta oposición, ofrece una interpretación más profunda de la condición humana que la que lo hace la concordancia simplista infraestructura-superestructura del marxismo vulgar.

³⁰. Herbert Marcuse; El marxismo soviético: un análisis crítico; Alianza Ed., Madrid, 1979, pp. 45-81.

Para Freud, el conflicto de la psiquis humana echa raíces en la mezquindad del mundo. Su concepción del mundo se implanta en el sufrimiento. La vida desea satisfacción, se compone puramente de dicha exigencia. Freud sintetiza lo anterior con dos conceptos: el principio del placer y el principio de la realidad. La libido, que es finita se reorienta desde la gratificación (principio del placer) hacia la mera supervivencia (principio de realidad) por medio del trabajo necesariamente doloroso. El dolor que permite que el organismo únicamente sobreviva deviene principio de existencia.

Para Freud, el organismo perpetuamente sufre busca el acabamiento en la muerte. El ciclo hacia la autodestrucción y la guerra perpetua en el interior de la psiquis entre principios autónomos (el del placer y el de la realidad), no se origina en los instintos mismos, sino en la relación de éstos con un mundo hostil. (31)

Marcuse interviene en este punto. Según Freud, la escasez de la naturaleza constituye una realidad permanente y transhistórica. No se puede abolir sencillamente la realidad que de continuo niega al hombre aquello que más ansía. Marcuse, al leer a Marx, pone de relieve la posibilidad y la realidad de la conquista de la naturaleza. Dicha realidad histórica universal, para Freud inconcebible, es para Marcuse punto de partida. (32)

31. Sigmund Freud; Obras Completas, Tomo XXI, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, pp. 22.

32. Herbert Marcuse; Eros y Civilización, Ed. Ariel, Barcelona, 1989, pp. 3-5.

Si bien, toda la Escuela de Frankfurt se vio afectada por el pensamiento de Freud, Marcuse fue quien analizó más eficazmente el problema. Hizo lo máximo por proporcionar al marxismo una componente psíquica por la vía de Freud, y por otorgar a Freud una dimensión histórica por la vía de Marx. Al proceder así, procuró usar las posibilidades de liberación implícitas en Freud como fundamento para el cambio histórico en una sociedad opresora.

Los frankfurtianos recurrieron a Freud porque pretendían profundizar en el significado de la liberación producto del cambio.

Sabían de los riesgos que entrañaba un cambio revolucionario y tuvieron cuidado de apoyarlo a menos que hubiera la más completa seguridad de sus recompensas.

Paradójicamente ellos encontraron la seguridad recurriendo al pensamiento judío.

El judaísmo echa raíces en el pasado; se alimenta de las imágenes de generaciones pasadas en esclavitud; de los sufrimientos del pueblo de Israel. En el futuro mora la nueva generación, la esperanza y por lo tanto el Mesías. La esperanza judía es una esperanza de redención del pasado a través del Mesías que vendrá en el futuro.

Benjamin, otro miembro de la Escuela de Frankfurt, convierte el marxismo en un acontecimiento judío, argumentando que para el marxista la esperanza ha sido siempre el futuro. Vio en el Mesías la solución del problema histórico actual. Dice que el movimiento

interno de la historia ha dejado de llevarnos hacia el momento crítico del capitalismo, y la única esperanza para el cambio reside en la posibilidad de encontrar un poder exterior al momento histórico actual. Por cuanto que el agente no puede venir del interior ya que la realidad ha llegado a ser enteramente absorbente y afirmativa, la búsqueda del sujeto revolucionario es, metafóricamente, la búsqueda del Mesías judío.

Empero, la pertenencia del hasta entonces sujeto revolucionario, el proletariado a la estructura social actual, evocó el peligro de que éste se homogeneizara y enajenara. A partir de ésta la revolución se redujo a un hecho: la búsqueda de un sujeto revolucionario.

Para los de Frankfurt el sujeto debía proceder del exterior de la historia, de entre aquellos que estaban excluidos directamente del proceso productivo alienador: estudiantes, negros, el Tercer Mundo. (33)

Por último, podemos decir que el acercamiento de la Escuela de Frankfurt al judaísmo arraiga, además de las preocupaciones por el cambio producto de la lectura de Marx, en su propio origen judío y en las desesperanzas que produjo la experiencia de Auschwitz. Todo esto los llevó al reconocimiento trágico del fracaso de la historia y a la esperanza en la llegada de un Mesías, súplica al fin y al cabo, expresada en el lenguaje de la modernidad.

³³. Walter Benjamin; Theses on the Philosophy of History, Ed. Hanna Arendt, Nueva York, 1968, p. 260.

Para concluir, es importante mencionar que los motivos por los cuales la Escuela de Frankfurt se inclinó por los autores y filosofías mencionados, se debió en gran parte, al momento histórico que vivían.

Por una parte el marxismo de la época tendía al conservadurismo propio de la socialdemocracia de la Europa occidental. Por otra parte se aproximaba a la dictadura de Stalin. Para la Escuela la permanencia dentro de los partidos socialistas reformistas, habría significado la capitulación ante el pensamiento burgués. Ignorar las purgas stalinianas habría significado apoyar la barbarie de la Ilustración, objetivo principal de su crítica. Si respaldaban abiertamente la oposición a la izquierda, estarían apoyando la manifestación política de dicha oposición: el fascismo.

Paradójicamente, la oposición al descontento de la modernidad se situaba en la derecha exclusivamente. Sólo la derecha proporcionó a la Escuela la fuerza de descontento necesaria para levantarse en oposición a la modernidad.

Sin embargo, aunque la derecha era el adversario más radical de la modernidad y su antagonismo mucho más pronunciado que el de la izquierda, dicho antagonismo no fue nunca del todo fundamentado. La derecha siempre tuvo un programa oculto, porque al condenar la modernidad deseaba revivificar el pasado mas que

crear un futuro. El antimodernismo de la derecha es la defensa de la nobleza y la defensa de épocas superadas. Y en el pasado no hay lugar para la igualdad del hombre. (34)

En consecuencia la crítica más profunda no podía provenir de la derecha. Una oposición a la modernidad que fuera a la vez fundada y minuciosamente crítica no la tenían ni Nietzsche, Heidegger, Spengler, Freud o el Judaísmo; mas para ellos tampoco Marx o Hegel.

Para los frankfurtianos la solución estaba en la creación de un nuevo proyecto; uno que más que abandonar un campo posibilitara la utilización simultánea de ambos para crear alternativas nuevas. (35)

Pero la solución de los de Frankfurt iba a ser ineficaz al abandonar la práctica política por la posición etérea de lo teórico.

Acudir a algo ajeno para conocer aspectos del pensamiento alienado con el fin de salvar a Marx, no es otra cosa más que la evidencia de las concesiones que la Escuela de Frankfurt hace a la antigüedad, a sistemas ya superados.

³⁴. Richard Bernstein; La Reestructuración de la teoría social y política, F.C.E., México, 1990, pp. 229-232.

³⁵. Paul-Laurent Assoun; La Escuela de Frankfurt, Publicaciones Cruz O., S.A., México, 1991, pp. 31-37.

4.- Marcuse y la Escuela de Frankfurt.

La evolución filosófica de Herbert Marcuse es, sin lugar a dudas, una de las más interesantes en lo que respecta a los integrantes de la Escuela de Frankfurt.

Su evolución intelectual, que ahora pasaremos a examinar, coincide con la historia misma de la teoría crítica.

Herbert Marcuse nació en Berlín en 1898 en una familia judía. Participó en la primera guerra mundial como miembro del Consejo de Soldados (1918). Cuando estalló la revolución alemana era miembro del Partido Socialdemócrata, al que abandonó en 1919, después del asesinato de Karl Liebknecht y de Rosa de Luxemburgo. Entre 1919 y 1922 estudió filosofía en Berlín y en Friburgo donde elaboró su tesis sobre Hegel bajo la dirección de Martin Heidegger. A fines de la década del 20, Marcuse ya se hallaba estrechamente ligado a la llamada Escuela de Frankfurt. Más tarde también se dedicó al quehacer editorial en Berlín y, entre otras cosas, participó en la edición de las obras del joven Marx. Antes de que los fascistas se apoderaran del poder emigró a Ginebra y de 1934 a 1977 vivió en Estados Unidos. Durante la segunda guerra mundial, Marcuse trabaja en el Office of Strategic Services y en el Office of Intelligence Researches de Washington, es decir en una de las secciones de la oficina para la guerra psicológica, adjunta al Departamento de Estado de Estados Unidos, y en el Instituto para el estudio de Oriente adjunto a la Universidad de Harvard.

En 1954 recibió el puesto de catedrático de la Universidad de Brandeis en Waltham, Massachusetts. A partir de 1965, Marcuse fue profesor de la Universidad de California y profesor honoris causa de la Universidad de Berlín Occidental. Después del fracaso de la revolución alemana y soviética, Marcuse no volverá a intervenir en la política activa. No obstante, en esa época, es considerado junto a George Lukács una de las cabezas pensantes de lo que se denomina "escuela dialéctica del marxismo europeo." (36)

Lo que une a Marcuse con la Escuela de Frankfurt es, en filosofía, la dialéctica, concretamente la fidelidad en ella a Hegel y a Marx, a la vez que la posición a las tendencias positivistas de la ciencia social; en política, el antifascismo combinado con una mezcla de ideas liberales-radicales y socialistas.

Si ampliamos lo anterior, podemos decir que el primer antecedente de la formación teórica de Marcuse se ubica cronológicamente hacia 1928. Por aquellos años se debatía acaloradamente en los círculos académicos el significado de dos conceptos: fenomenología y materialismo histórico. El primer trabajo serio de Marcuse pretende hacer aportaciones a la codificación de estos términos, pero para él, desde este momento su análisis sobre la convergencia entre fenomenología y marxismo

³⁶. Serge Mallet; "El Idolo de los estudiantes rebeldes" en Marcuse ante sus críticos, Edit. Grijalbo, Barcelona, 1975, p.67.

responde a la necesidad de fundamentar la teoría crítica de la sociedad.

Más tarde estos problemas serán abandonados y criticados por Marcuse, pero de ellos retoma la carga teórica y ética del binomio conceptual "verdadero-falso" (37), para romper con las justificaciones científicas de la enajenación del individuo a la colectividad. Es decir, que por medio de un constante cuestionamiento rechaza las afirmaciones teóricas sobre las bondades de un orden social para los individuos y acuña términos como el de confianza en la acción común y revolucionaria.

El razonamiento marcusiano sobre Hegel y la dialéctica va en el mismo sentido, ya que no son un fin en sí mismos, sino que están en función de una fundamentación de lo social, ya que posteriormente su discurso sobre la lógica dialéctica se convierte en lógica crítica-social.

Cuando Marcuse intenta sistematizar teóricamente su propio pensamiento, hasta ese momento elabora la "ontología de Hegel y la fundamentación de una teoría de la historicidad" (38), obra que inaugura la serie de análisis sobre el pensamiento hegeliano que caracteriza sus trabajos sucesivos.

En esta obra el mismo discurso teórico de Hegel es revisado, reconsiderado y reinterpretado a la luz de la categoría

37. G.E. Rusconi; Op. Cit., pp. 257-258.

38. Véase, Herbert Marcuse; Ontología de Hegel, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1970, 314 págs.

de "vida", sin duda presente en Hegel, pero no con el carácter central que le atribuye Marcuse.

En la "Ontología de Hegel", Marcuse divide el tema entre la historicidad del ser y su parte estática, ligada a la categoría de vida. La consecuencia de esta división será una orientación crítica-práctica del razonamiento. Se trata concretamente del paso del teoreticismo a la teoría crítica de la sociedad.

"A través de la revalorización del tema de la vida, Marcuse ha construido una propia teórica autónoma que lo diferencia tanto del Hegel histórico como del marxismo. Abandonado el tema de la vida persiste la perspectiva original del pensamiento marcusiano, capaz de incluir el marxismo como ejemplo de la aplicación de la lógica hegeliana a la sociedad y, sobre todo, de entender la lógica hegeliana misma en términos de una teoría crítica de la sociedad." (39)

En 1932, mismo año en que Marcuse publica su trabajo monográfico la "Ontología de Hegel", empieza a aparecer periódicamente en Alemania la revista "Zeitschrift für Sozialforschung" entre cuyos más activos colaboradores figura Marcuse. En 1933, después de llegar los hitlerianos al poder, los miembros de la Escuela emigran. Marcuse se traslada primero a Ginebra, antes de establecerse en Estados Unidos. A partir de 1933 los trabajos de Marcuse se hacen marcadamente críticosociales; sus temas van perdiendo progresivamente los rasgos teoreticistas encaminándose hacia nuevos planteamientos.

³⁹. G.E. Rusconi; Op. Cit., pp. 282-283.

"Los fundamentos filosóficos del concepto de trabajo en la ciencia económica" (40), representa una interesante fase de transición en este sentido.

En este ensayo hace un análisis del "trabajo" remitiéndose al concepto de Hegel y sobre todo del joven Marx para proponer, a partir de la crítica de la dinámica del trabajo capitalista, su abolición como condición necesaria para que la existencia recupere un trabajo auténtico, trabajo librado de la enajenación y rectificación, y se convierta otra vez en lo que es por esencia: la libre y plena realización del hombre íntegro en su mundo histórico.

Estas presupuestas conceptuales son los que originan su crítica a la cultura contemporánea y dan pie a la elaboración de otro ensayo "La lucha contra el liberalismo en la concepción de Estado totalitario." (41)

En 1934 año de esta publicación, Marcuse se encontraba en Nueva York, donde se convierte en miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Columbia. Desde allí sigue colaborando activamente para Zeitschrift für Sozialforschung, que se había trasladado a París. En ella publica por primera vez este ensayo.

40. Herbert Marcuse; Cultura y sociedad, Tama 2, Ed. Sur, Buenos Aires, 1965, pp. 7-48.

41. Op. Cit., tomo I, pp. 17-57

Su contenido plantea el problema de cómo en la permanencia de la estructura económica capitalista se da el paso de la racionalidad liberal al irracionalismo totalitario.

Dice que además de la transformación monopolista del capitalismo industrial, el existencialismo es también responsable del irracionalismo: no en su forma filosófica originaria, sino en su forma prácticopolítica, como teoría de la justificación.

Según Rusconi, llama la atención la dura crítica de Marcuse al existencialismo, pues este tiene una gran importancia en su formación teórica y moral. ⁽⁴²⁾ Pero lo cierto para Marcuse, era que en la perspectiva de su exilio, el horizonte intelectual, moral, cultural y político parecía sofocar toda esperanza para el movimiento obrero en aquellos últimos días de 1934.

Para ese entonces Marcuse ya había colaborado para la Escuela con el ensayo "Theoretische Entwürfe über Autorität und Familie" y un estudio documental, "Autorität und Familie in der deutschen Soziologie".

En 1936 se publica "Studien über Autorität und Familie", bajo la dirección de M. Horkheimer y colaboradores, una obra que se hará clásica para una serie de estudios posteriores.

También en ese mismo año, realiza otro estudio teórico para la revista en París: "El concepto de esencia". En éste, Marcuse perfila lo que será el modelo crítico y conceptual de la madurez. A través de la crítica a la fenomenología y al neopositivismo

⁴². G.E. Rusconi; Op. Cit., p. 289.

lógico, se confirma que su perspectiva es ya definitivamente crítico-social, acentuando la función activamente social de la teoría misma.

En este ensayo Marcuse muestra también el sentido de su marxismo: lo desliga de cualquier forma de fetichismo económico, pero resalta su filosofía materialista como única en la preocupación por recuperar una vida llena de felicidad.

Su ensayo de 1937 "El carácter afirmativo de la cultura"⁽⁴³⁾, contiene un análisis y una denuncia de la situación de la cultura tardoburguesa y totalitaria de la Alemania, ya nazi: análisis y denuncia que anticipan los de la cultura de la actual Era tecnológica.

Su ensayo sobre "Filosofía y teoría crítica"⁽⁴⁴⁾ de unos meses más tarde, proporciona interesantes elementos de complementación y representa, al mismo tiempo, la teorización más explícita del significado y la función de la teoría crítica de la sociedad.

Hasta aquí, en la producción de Marcuse se percibe una oscilación temática entre el pensamiento crítico-teórico y el ético (con su discurso sobre la felicidad). La coincidencia entre ambos temas está aquí sobreentendida que fundamentada, y no será sino en años sucesivos, cuando la categoría de Eros enlace estos temas, concretamente cuando llegue al "Eros y Civilización" de

⁴³. Herbert Marcuse; Cultura y Sociedad, Tomo I, pp. 54-101.

⁴⁴. Herbert Marcuse; Para una teoría crítica de la sociedad, Ed. Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, 214 págs.

1955, sin olvidar que "Crítica del hedonismo" (45) representa una significativa anticipación, en términos todavía filosóficos de esta obra. Sin embargo, aunque no trate a profundidad los temas que la caracterizarán posteriormente, hasta aquí, su crítica a los comportamientos colectivos, a la civilización de masas, a la alienación y a las compensaciones erotizadas, se exponen con una claridad e interés ejemplares. Pero sus aportaciones de este tipo, tienen serias objeciones por su fragilidad práctico-política.

También en las obras mencionadas se pronuncia sobre el fascismo, aunque ya es evidente que Marcuse en su crítica no vincula los aspectos éticos, ni los problemas de la libertad y la dignidad humana con los mecanismos económicos y sociopolíticos del funcionamiento de la dictadura fascista como resultado del poder de los monopolios. En ellas se destaca también el tratamiento del problema de la libertad.

En 1941 y al seguir trabajando sobre estos temas, publica su obra más conocida "Razón y revolución. Hegel y el nacimiento de la teoría de la sociedad." (46) Marcuse polemiza aquí con la concepción según la cual el hegelianismo fue una fuente ideológica del hitlerismo. En este libro, además de hacer un análisis y exposición de la teoría de Hegel, es un estudio de la influencia de hegelianismo en el pensamiento europeo. Algunos

45. Herbert Marcuse; Cultura y Sociedad, Tomo 1, pp. 128-168.

46. Herbert Marcuse; Razón y Revolución, Ed. Alianza, Madrid, 1974, 445 págs.

críticos señalan a esta obra como la más representativa en la evolución intelectual de Marcuse, del punto que más se aproxima al marxismo.

En el período de 1942 a 1950, se observa una vinculación muy estrecha de Marcuse con la política de los círculos gobernantes de los Estados Unidos. En esos años se encuentran al frente de una sección del Departamento de Estado. También se halla relacionado con el Centro Sovietológico de la Universidad de Columbia, el Instituto Ruso, así como con una institución análoga de la Universidad de Harvard, el Centro de Investigaciones Rusas. La orientación ideológica de estas instituciones influirá definitivamente en Marcuse para que adopte una posición antisoviética.

En 1958 publica "El marxismo soviético" ⁽⁴⁷⁾ obra que contiene una crítica del sistema filosófico marxista-leninista de la ex-URSS y de la cual nos ocuparemos detalladamente en el siguiente capítulo, pues es el tema central de la presente tesis.

Es importante mencionar que antes de la obra citada, en 1955, concluye "Eros y Civilización" ⁽⁴⁸⁾, trabajo filosófico donde plasma también su interés por el freudismo y los intentos de conciliarlo con elementos del marxismo. En esta misma

⁴⁷. Herbert Marcuse; El Marxismo soviético: un análisis crítico, Ed. Alianza, Madrid, 1969, 299 págs.

⁴⁸. Herbert Marcuse; Eros y Civilización, Ed. Ariel, Barcelona, 1989, 253 págs.

dirección se ubica una de sus últimas obras "El hombre unidimensional" (49) que se publica en 1964.

"El hombre unidimensional" es la expresión teórica más relevante de su teoría crítica. A través de ella afirma que el rasgo fundamental de la sociedad moderna, de la sociedad unidimensional consiste en la integración de las clases, basada en las necesidades dirigidas y satisfechas; esta sociedad industrial avanzada se convierte en una sociedad consumidora, siendo el individuo típico, el "hombre consumidor" que, además, posee una conciencia satisfecha e incluso "feliz". Este análisis que se nutre de su experiencia en Estados Unidos concluye en la afirmación de que las masas de trabajadores pierden la necesidad subjetiva de una revolución, cuya necesidad objetiva se hace, no obstante, cada vez más imperiosa. (50)

Estas tesis son aquellas con las cuales se identificaron los jóvenes estudiantes del 68, en Madrid, Varsovia, Turín, Berlín y París.

Sin embargo, los conceptos de Marcuse tienen serias deficiencias evidentes en el "El hombre unidimensional", obra que sintetiza gran parte de su pensamiento.

André Gorz, por ejemplo, le hace la siguiente crítica: "so pretexto de que la clase obrera no percibe, fácilmente la contradicción entre la liberación que ya es posible y el uso

49. Herbert Marcuse; El hombre unidimensional, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968, 274 págs.

50. Herbert Marcuse; El fin de la utopía, Siglo XXI Editores, México, 1967, pp. 48-50.

represiva y tergiversador que el capitalismo hace de los recursos de la técnica, Marcuse concluye algo apresuradamente que esta contradicción no es perceptible. So pretexto de que, según Marcuse, el obrero (norteamericano) considera el refrigerador y el automóvil, el verdadero objeto de su aspiración profunda y cae así en la trampa que le tiende el capitalismo opulente, Marcuse concluye algo apresuradamente: que es imposible trasladar la reivindicación obrera a un modelo de consumo y un modo de vida diferentes." (51)

Lo anterior se debe a que Marcuse sostiene que ya no son los obreros el grupo social revolucionario. Para él, el grupo que tiene más posibilidades de invertir el orden de las cosas se encuentra fuera del proceso productivo: las minorías raciales, los desocupados permanentes y los intelectuales. Pero, al llegar a este punto, Marcuse tiene una noción muy confusa acerca del desarrollo de la sociedad en el futuro: por un lado no fundamenta plenamente cómo los grupos llamados a realizar la revolución, escapan al condicionamiento de la sociedad en que viven; y por otro lado, si bien Marcuse considera al socialismo como la alternativa auténticamente histórica, pero rechaza al socialismo en su forma vigente, define a la nueva sociedad únicamente en términos de una nueva antropología; deduce tan sólo de la automatización y del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, la posibilidad de crear un régimen social

51. Herbert Marcuse et al.; Marcuse ante sus críticos, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1975, pp. 74-75.

cualitativamente nueva donde se dé una transformación del hombre desde el punto de vista de la reconstrucción de sus instintos. Para Marcuse lamentablemente son secundarios los problemas de economía política o de estructura y organización del socialismo. No niega que el socialismo requiere un alto nivel de desarrollo técnico, pero no sabe en qué se diferencia ese desarrollo de los procesos modernos capitalistas. (52)

Si bien muchas ideas de Marcuse sirvieron para cuestionar al imperialismo, y llevaron a un presión de los jóvenes por una alternativa constructiva y positiva, e inclusive sirvieron a una rebelión política con una rebelión éticosexual, también es cierto que las declaraciones de Marcuse se han utilizado contra el socialismo. Bajo el pretexto de hacer propaganda de presuntos modelos "nuevos" de la revolución socialista, se han divultado posiciones ideológicas contra el marxismo-leninismo. Marcuse no quedó excluido de ésta; independientemente de sus intenciones, su filosofía ha funcionado como un medio de esta propaganda ideológica, a la cual se puede deber que su teoría se encuentre todavía en la actualidad, en el centro de las discusiones filosóficas y sociopolíticas.

Al redondear respecto al pensamiento de Marcuse, podemos decir que es a partir de 1965 cuando de manera explícita e insistente se acentúa en su teoría el momento político, entendido éste como una consecuencia de su intención revolucionaria, y no como una actuación o práctica política. Esta situación tiene su

⁵². Op. Cit., p. 149.

origen en la experiencia histórica y en la suya personal: él es uno de los privilegiados testigos de este siglo. Perteneció a esa generación de filósofos alemanes que descubrieron al mismo tiempo a Freud y a Marx, el surrealismo y la revolución rusa. El mundo en los años 20 parecía justificar toda esperanza; por ella, esa generación consideró que era su tarea unificar y modificar, para los fines de la liberación del hombre, aquellas doctrinas entre las cuales la historia, la ignorancia, el dogmatismo y el prejuicio había erigido murallas infranqueables.

En el curso de diez años, fueron barridas sus esperanzas y ellos mismos arrojados al exilio o a la muerte. La crisis general del capitalismo no dio lugar a una revolución liberadora, sino a la barbarie fascista, mientras la revolución era obstaculizada por la administración stalinista. El dogmatismo, el adoctrinamiento y la servidumbre prevalecieron sobre la búsqueda de la libertad.

Esta experiencia barrió casi con todos los intelectuales de la generación de Marcuse. Él logró superar esto llevando adelante su lucha, pero sin avenirse a compromisos. Sus obras efectivamente plasman su posición política, al criticar certeramente a la sociedad opresora, pero únicamente se limita a explicarla. Desde este punto de vista la teoría crítica de Marcuse es inútil: al no profundizar en los puntos de apoyo posibles de una estrategia revolucionaria y las formas de ésta, Marcuse dejó sin armas a una juventud intelectual que encontró en sus exigencias éticas sus mejores preocupaciones.

Por otro lado, Haug (⁵³) critica metodológicamente la marcha general del pensamiento de Marcuse, mostrando su carácter metafórico y poniendo también de manifiesto las concesiones de Marcuse al capitalismo: la identificación de éste con la sociedad industrial y la admisión de su racionalidad sistemática o global, así como el error básico sobre dicho régimen, en el que arraigan aquellas concesiones. Haug también señala cómo Marcuse reconoce al capitalismo racionalidad, eficacia, estabilidad, orden, libertad y satisfacción de las necesidades.

En este mismo sentido, Y. Zamoshkin y N. Motroshilova (⁵⁴) argumentan que en el pensamiento crítico de Marcuse quedó al margen la cuestión de las fuentes de la pobreza y los contrastes sociales en el nivel de vida de los países del capitalismo avanzado. También quedó al margen de su campo visual la dialéctica de las necesidades vinculadas con el desarrollo espiritual del individuo. Para estos autores, Marcuse interpreta unilateralmente las actitudes de insatisfacción de los hombres por el nivel de consumo, ya que éste dista mucho de ser el índice de una actitud estrictamente consumidora, pues frecuentemente están condicionados por las reivindicaciones de los trabajadores.

Finalmente queremos concluir este capítulo con una cita de Sacristán que engloba la esencia teórica y vivencial de Marcuse y de toda la Escuela de Frankfurt: "Marcuse como Adorno o

⁵³. Jürgen Habermas; Respuestas a Herbert Marcuse, Ed. Anagrama, Barcelona, 1969.

⁵⁴. Herbert Marcuse; Marcuse ante sus críticos, pp. 145-146.

Horkheimer (pero no como Benjamin, hecho muy importante para estimar a este último), son autores de izquierda que no tuvieron, aparentemente, nada que cambiar en su situación de pacíficos docentes universitarios de los Estados Unidos, cuando allí culminó la guerra fría y se produjeron -digámoslo así para abreviar- cosas como el asesinato judicial de los Rosenberg. La generación alemana de nuestros jóvenes críticos frankfurtianos se ha forjado políticamente -digamos también para abreviar- vitoreando a John F. Kennedy en conmemoración del puente aéreo de Berlín." (55).

⁵⁵. Manuel Sacristán; Papeles de Filosofía, Tomo II, Ed. Icaria, Barcelona, 1984, p. 421.

CAPITULO II

HERBERT MARCUSE Y EL MARXISMO SOVIÉTICO

1. La evolución intelectual de Marcuse: su orientación ideológica a partir de 1940.

Hacia la década de los cuarenta la Escuela de Frankfurt dirige sus reflexiones hacia un nuevo campo problemático. Este campo era el del significado último de la Ilustración y más precisamente el de la razón ilustrada.

Ellos, que no habían dejado de lado la reflexión marxista, consideraron que el marxismo tradicional no había incursionado en dos grandes áreas temáticas, fundamentales para el momento y derivadas de su análisis sobre la Ilustración: por un lado, la estructura y el desarrollo de la autoridad y la aparición del autoritarismo en la familia, en el individuo, en el Estado y como forma de la sociedad; por otro, la proliferación de la llamada cultura de masas.

Para la teoría crítica, el movimiento general contemporáneo caracterizado por el ascenso del fascismo y el devenir cerrado y autoritario de la sociedad socialista, planteaba un nuevo

fenómeno. La dominación asume cada vez más "formas no económicas". El dominio tiende a hacerse total. La economía culmina en un sistema totalitario que subordina y unifica todo en un movimiento general. El capitalismo de Estado y el Estado autoritario prefiguran la nueva época, donde predomina la razón técnica e instrumental, la mecanización de la vida social, la reducción de la política a las tareas de planificación y administración y el devenir de la cultura en cultura de masas.

(¹)

Para los de Frankfurt la unidad entre libertad y razón, también propuesta y desarrollada por el pensamiento de la Ilustración, se encontraba ya rota para esos momentos. Todo el proceso desmitificador y liberador que había llevado a cabo el pensamiento ilustrado y las revoluciones sociales, terminó atando al hombre a un nuevo mito, el de la revolución teórica, basado en el progreso de una razón irracional y desposeída de sus principios originarios.

Paralelamente consideraban que el marxismo de la época era partícipe de esta actitud manipuladora e instrumental del hombre frente a la naturaleza, así como del mito de la civilización y el progreso. Además alimentaba una concepción productivista del trabajo.

Herbert Marcuse, partícipe fundamental de estas consideraciones y analista del momento histórico, reivindica la

¹. Mágina Millán; "Teoría Crítica y reflexión de la cultura", Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, No. 122, FCPys/UNAM, México, octubre-diciembre, 1985.

exigencia de una felicidad sensual y humana. Al igual que los otros críticos de Frankfurt, enfatiza la necesidad de desentrañar las conexiones profundas entre progreso y dominio, entre riqueza y miseria, entre civilización y barbarie. Conservar el proyecto de emancipación-revolución aparece como una necesidad ante una época, cada vez más totalitaria.

Marcuse, que exploraba entonces por este camino, se vincula hacia 1942 con el Centro Sovietológico de la Universidad de Columbia y con el Centro de Investigaciones Rusas de la Universidad de Harvard. Allí realizará estudios sobre la Unión Soviética que harán nacer su primer "bestseller" "El marxismo soviético", y donde desarrollará sus tesis sobre el totalitarismo contemporáneo, llevándolo a suponer que éste se expresa tanto en Norteamérica como en la URSS.

2. Los planteamientos de Marcuse sobre el marxismo soviético.

El propósito principal de Marcuse al elaborar su ensayo sobre el marxismo soviético, es enjuiciar las tendencias teórico-prácticas que el pensamiento de Marx y Engels adopta bajo el régimen de Lenin y posteriormente de Stalin; y desarrollar las consecuencias ideológicas y materiales que esto conlleva, con el fin de aclarar el carácter real de la sociedad soviética.

En su obra, que enmarca en un contexto político y social, nacional e internacional, contempla el estudio de lo que él considera como la disminución del potencial revolucionario del

movimiento obrero europeo, la socialdemocratización de los partidos comunistas a nivel mundial y las posibilidades de transformación revolucionaria en los países capitalistas avanzados; esto, como resultado y origen a la vez, de la política totalitarista soviética y del fortalecimiento del Estado capitalista como instrumento de dominación y propaganda.

Lo anterior, sostiene Marcuse en su libro, ha producido como consecuencia el que la sociedad soviética sea, respecto a la sociedad capitalista, coexistente y competidora, en vez de sucesora y heredera; es decir, que afirmó la existencia de tendencias convergentes en el mundo socialista y en el sistema de capitalismo organizado, mismas que se verificaban en los procedimientos de industrialización acelerada y de control cultural y social que ambos sistemas aplicaban.

A continuación examinaremos detalladamente estos planteamientos, para poder demostrar las hipótesis de la presente tesis, pero antes mencionaremos brevemente los criterios de los cuales parte Marcuse.

En la primera parte de su ensayo, Marcuse ubica las premisas teóricas del marxismo soviético con objeto de ubicar algunos hechos que decidieron la evolución de esa sociedad. Por tanto, elige como punto de partida las teorías de Lenin para precisar los puntos de continuidad con el stalinismo.

Afirma que la formación de la teoría marxista soviética procede de la interpretación leninista del marxismo "sin entronque directo" con la teoría marxista original. (2)

Así por ejemplo, señala que las conclusiones que se extrajeron de la "ley del desarrollo desigual del capitalismo" formulada por Lenin, forma el verdadero meollo del marxismo soviético.

Con esta teoría dice, Lenin siguió fiel a la conclusión de Marx según la cual la revolución socialista sería el resultado de las contradicciones en un país capitalista plenamente maduro; no obstante que la revolución bolchevique había triunfado en un país con características opuestas, lo que llevó a Lenin a calificarla de burguesa. De esta manera no tomó en cuenta las condiciones reales ni el verdadero sentido de la teoría de Marx.

"Pero fue precisamente la creencia de Lenin en que la Revolución Rusa tenía el carácter de un primer ensayo lo que le condujo a formulaciones que prefiguran claramente la política stalinista." (3)

El leninismo, prosigue Marcuse, mantenía que en un país atrasado, la industrialización tiene prioridad sobre la socialización, esto es sobre la producción y la distribución en función de las necesidades; esto se hará una cruel realidad bajo el régimen de Stalin.

2. Herbert Marcuse; El marxismo soviético, Alianza Ed., Madrid, 1984, p.45.

3. Op. Cit., p.48.

Esta planeación del socialismo en la sociedad soviética fue la que llevó a Lénin, dice Marcuse, a definir la estrategia internacional; y en este sentido, el marxismo soviético siguió una doble orientación leninista: correlacionar teóricamente dos series de contradicciones como base de la política a seguir, las contradicciones entre los países imperialistas y las contradicciones entre el mundo capitalista y el Estado soviético. Esta posición llevaba implícito un análisis del desarrollo capitalista, mismo que según Marcuse no experimentó cambios fundamentales desde el V Congreso de la Comintern en 1924, hasta el XX Congreso del Partido en 1956.

El análisis del desarrollo capitalista consideraba que el factor determinante de la situación mundial era que el desarrollo del socialismo coexistía y evolucionaba paralelamente con la crisis general del capitalismo. Ante esto, Marcuse dice: "Resulta difícil entender cómo la tesis la agudización de la crisis capitalista puede servir de guía al marxismo soviético. Repartida durante más de treinta años en patente contradicción con los hechos, parece tan paradójica que es fácil interpretarla como simple frase de propaganda. Constituye, sin embargo, un concepto al servicio de la adopción de decisiones políticas." (4)

Para el teórico de Frankfurt la negativa a extraer las consecuencias teóricas de la nueva situación caracteriza todo el desarrollo del leninismo, siendo principalmente significativo la subestimación de las potencialidades políticas y económicas del

4. Op. Cit., p. 48.

capitalismo. Esto, concluye, constituye una de las principales razones de la persistente brecha entre la Teoría y la práctica del marxismo soviético.

Más adelante señala que después del XIX Congreso del PCUS, durante el gobierno de Stalin, fueron introducidas algunas modificaciones y correcciones.

La primera de estas modificaciones hizo referencia a las contradicciones interimperialistas y a las contradicciones entre el mundo occidental y el soviético, concluyendo en que las primeras prevalecen sobre las segundas. Esto se debió -dice-, a que Stalin consideraba que la economía política internacional seguía funcionando de manera clásica, lo que daba confianza en que las dificultades inherentes al sistema capitalista surgirían por sí solas.

La segunda modificación afectó a la apreciación de la constante ampliación de las funciones económicas y políticas del Estado en la era contemporánea. La admisión del hecho de que desde la época de Lenin, la situación mundial había cambiado, apuntó hacia una nueva formulación de algunos dogmas de la Era stalinista: se reconoció que las mejores condiciones de vida de los trabajadores y el crecimiento o la producción en los países capitalistas se debían a los siguientes factores básicos: A) la militarización de la economía, con su influencia sobre el nivel general de producción; B) la expansión del mercado capitalista; C) la renovación del capitalismo (capital fijo) y la modernización del equipo industrial; y D) la explotación

intensificada del obrero a través de la elevación de la productividad del trabajo.

Sin embargo, dice Marcuse, esta nueva valoración del vigor del capitalismo se armonizó erróneamente en el marxismo soviético con las nociones de Engels y Lénin acerca de que ésta es la última etapa del capitalismo. (5)

La tercera modificación consistió en el reconocimiento de que la clase revolucionaria adoptaba los rasgos del reformismo democrático. Señala que el marxismo soviético enarbó la defensa de la soberanía nacional y la lucha contra la esclavización extranjera como política vital de la clase obrera de todo el mundo, con lo cual apadrinó un programa democrático-burgués para todos los partidos comunistas occidentales.

Según Marcuse, estos cambios teóricos y políticos del marxismo soviético, producto del retraso de la revolución en Occidente y de la estabilización del capitalismo, explican otros cambios en la estructura misma de la sociedad soviética: Lénin, dice, planteó la prioridad de la industrialización sobre la liberación socialista como medio para contrarrestar el aislamiento de la revolución en un país atrasado. Stalin aceleró este programa, coincidiendo con Lénin en que era un requisito previo para la supervivencia del sistema soviético. En el momento del estallido de la segunda guerra mundial, la sociedad soviética

5. Op. Cit., p. 73.

había crecido lo suficiente como para enfrentar al país industrial y bélico más poderoso.

Sin embargo, prosigue Marcuse, este éxito stalinista le condujo a un callejón sin salida claramente definido en la teoría marxista leninista del imperialismo.

Según esta teoría, la economía de guerra proporciona una salida a las crisis capitalistas, y en este caso el crecimiento soviético con sus "ocupaciones militares y revoluciones desde arriba" pareció sostener la estabilidad de la órbita imperialista. (6)

Poner fin a esto, presuponia que la URSS alcanzara un nivel económico competitivo que le permitiera dejar su estrategia belicosa y poner así, fin a la unidad capitalista.

Todos estos cambios, ideológicos, políticos, teóricos y estructurales, que se iniciaron en la época del XIX Congreso y que adquirieron mayor importancia durante los años 1955 a 1954, señalaron, apunta el de Frankfurt, la inminencia de un viraje político. Esto, prosigue, no dependió de la voluntad de los dirigentes, ni tampoco de la muerte de Stalin (5-III-1953), sino de la consecución por la sociedad soviética del nivel de civilización industrial avanzada. Tales cambios -concluye-, conducirían a una etapa esencialmente nueva del comunismo internacional.

Estos cambios a los que se hace referencia, forman parte de los planteamientos más famosos y las tesis principales de Herbert

6. Op. Cit., p. 81.

Marcuse sobre el marxismo soviético, mismos que pasaremos a examinar y relacionar con nuestras hipótesis.

2.1. La sociedad soviética, coexistente y competidora respecto a la sociedad capitalista.

Marcuse dice que durante el período stalinista se plantearon objetivos generales para la sociedad soviética, resultado de su concepción del socialismo en un solo país, objetivos que se mantuvieron constantes a lo largo de diferentes etapas.

Estos se pueden resumir en los siguientes puntos:

A) industrialización total, sobre la base de una producción nacionalizada, con prioridad del sector I (producción de los medios de producción); B) colectivización progresiva de la agricultura hasta convertirla en propiedad estatal; C) mecanización general del trabajo y extensión de la enseñanza politécnica, que llevarían a la igualdad entre los sectores rural y urbano; D) elevación gradual del nivel de vida general en función de la industrialización y mecanización estatal; E) instauración de una moral de trabajo universal; F) conservación y fortalecimiento de la organización estatal, militar, empresarial y del partido, como vehículo adecuado para la realización de estos procesos; y G) la transición a la distribución del producto social según las necesidades individuales (¹). Lo anterior que es concepción de Stalin, que tiene sus bases en Lénin y que

¹. Op. Cit., pp. 82-83.

Marcuse engloba como marxismo soviético, se condiciona al logro del primer objetivo mencionado, y el más importante a la industrialización de la URSS, en el mismo nivel de productividad que los países industriales avanzados. Esto a su vez, y según la interpretación de Marcuse, está relacionado con la transición de la sociedad soviética del socialismo al comunismo.

Esta transición es conceptualizada por el marxismo soviético, de acuerdo con Marcuse, como una evolución, que adopta la forma de proceso dialéctico de desarrollo de contradicciones internas y externas.

Las contradicciones internas pueden ser resueltas racionalmente sobre la base de la economía socialista y bajo el control del Estado soviético. La contradicción interna y fundamental o fuerza matriz de la transición al comunismo, es la contradicción entre las fuerzas productivas en constante crecimiento y las relaciones de producción, rezagadas. El desarrollo racional y controlado de éstas permite una transición gradual y por vía administrativa, al comunismo.

Pero, esta transición gradual al comunismo se produce bajo las condiciones que el cerco capitalista y la coexistencia con el capitalismo estabilizado imponen. Las contradicciones externas que esta situación implica, sólo podrán ser resueltas a nivel internacional, a través de una revolución socialista en algunos de los países capitalistas adelantados.

Esta solución constituye por sí misma un proceso a largo plazo que abarca todo un período de desarrollo capitalista y

socialista. La debilidad del potencial revolucionario en el mundo capitalista y el atraso todavía no superado de la órbita soviética, necesitan una nueva y más larga tregua y el mantenimiento de la coexistencia entre los dos sistemas.

La URSS debe defender esta tregua utilizando los conflictos entre las potencias imperialistas, evitando una guerra con esas potencias desanimando los experimentos revolucionarios (conquista del poder) en los países capitalistas adelantados (8).

De acuerdo con Marcuse, el objetivo soviético fundamental en la década de los sesenta fue liquidar la consolidación del mundo occidental que neutralizaba los conflictos interimperialistas, de cuyo desarrollo y agudización dependía la victoria final del socialismo, pues la concepción original consideraba que las contradicciones externas se solucionarían a través de las contradicciones capitalistas e intercapitalistas, y del desarrollo económico, político y estratégico cada vez mayor de la URSS. Las mismas fuerzas que contribuían a la consolidación capitalista y la mantenían, ponían en peligro y retrasaban la consecución del objetivo consistente en alcanzar y aventajar la producción de los países de capitalismo desarrollado.

Como ya se mencionó antes, en el análisis marxista soviético la consolidación occidental se basaba en una economía de guerra permanente, la cual mantenía el rápido desarrollo de la productividad en los países capitalistas y conseguía la integración de la mayoría del movimiento obrero dentro del

8. Op. Cit., p. 84.

sistema capitalista. Esta consolidación aplazaba la revolución occidental, considerada por el propio Stalin como indispensable en última instancia para el triunfo del socialismo. Al mismo tiempo, la economía de guerra capitalista, sostenida a su vez por la política "dura" soviética, también obstaculizaba la marcha de la URSS hacia una segunda fase que le permitiría competir eficazmente con los países capitalistas. Bajo estas condiciones, sólo una verdadera distensión internacional que hiciera posible un desarrollo pacífico podría asegurar el crecimiento económico interno de la sociedad soviética. Por consiguiente, se consideró que el primer paso debería consistir en la relajación por parte de la Unión Soviética de la política dura.

Este desplazamiento del acento de la competición militar y política a una competición económica más eficaz, significaba para Marcuse, una reorientación tanto de la política interior como de la exterior y por lo tanto el fortalecimiento de la burocracia stalinista. Para Marcuse, la reorientación basada en la política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética, procede de una situación histórica-objetiva y estuvo ligada a la estructura contemporánea de la URSS. Así, afirma que debido a las condiciones objetivas "anómalas" de coexistencia entre capitalismo y socialismo, o en otras palabras debido a que el socialismo se desarrolló en medio de un cerco capitalista, el Gobierno soviético y su Partido Comunista hecharon mano de la movilización total de la población para encumbrar el trabajo y la productividad y así, poder aumentar y acelerar la producción de

bienes de consumo manteniendo a la vez el desarrollo prioritario de la industria pesada.

Resumiendo, para Marcuse esta coexistencia es lo que determina las posibilidades históricas del socialismo y delimita sus problemas, a la vez que lo transforma en un totalitarismo flagrante. Y por otra parte, es el resorte que favorece la estabilización del capitalismo, y con ello la integración social y la suspensión de las contradicciones de clase en su interior. (9).

Dice que "El comunismo se ha convertido en realidad en el médico de cabecera del capitalismo. Sin el comunismo, no se podría explicar la unificación económica y política del mundo capitalista, una unificación en la cual parece más o menos tomar cuerpo el viejo espectro marxista del cartel general." (10) y añade que la integración del mundo capitalista, cuya nueva forma parece ser el neocolonialismo, gracias al cual, sin conflictos militares entre las potencias imperialistas, ha tenido lugar un nuevo reparto del mundo, se apoya sobre una base económica real que ha hecho posible una extracción privilegiada de la plusvalía y de los beneficios, la cual permite a su vez que la gran industria organizada sea capaz de pagar salarios reales más elevados, y no sólo durante períodos cortos, sino también durante

9. Herbert Marcuse; "Las perspectivas del socialismo en las sociedades industriales avanzadas". Intervención en el "Seminario sobre las transformaciones del carácter y el papel de la clase obrera", celebrado en 1964, en Korcula, Yume. Revue Internationale du Socialisme, N.º. 8, 1965, pp. 43-62.

10. Op. Cit., p. 52.

largos períodos. Por todo lo anterior afirma que no es previsible que en el futuro surjan contradicciones o guerras entre los países capitalistas, ubicando en este punto, la decisiva importancia de la coexistencia de línea dura para la estabilización del capitalismo.

Sin embargo y en contraste con lo anterior, Marcuse ve en el cambio, la coexistencia pacífica, la posibilidad de desarrollo económico y la elevación del bienestar general de la población de la URSS, lo cual crearía las condiciones para abolir el sistema represivo estatal y la antirrevolucionaria ética de la disciplina del trabajo y la productividad, que limita la libertad del individuo.

Ahora bien, la tesis de Marcuse de que el régimen represivo habría de desaparecer a consecuencia de la elevación del bienestar, presupone una negación radical de la teoría marxista del Estado y la dictadura del proletariado, así como su sustitución por teorías anarquistas. Además, no explica suficientemente ¿por qué el desarrollo material debe poner fin al sistema represivo?, si con respecto al capitalismo afirma que es un factor que acentúa la efectividad del sistema opresor.

En este punto, donde Marcuse ubica los beneficios elevados de los obreros y por lo tanto, su control como resultado de la organización e integración industrial capitalista, debemos decir que, sin una revolución social, es muy improbable que la economía de mercado se organice o establezca permanentemente; o se transforme lentamente en una economía planificada.

"Las relaciones de propiedad capitalista excluyen cualquier forma eficaz de organización social de la producción" (11), y únicamente en las sociedades que han terminado con las relaciones de propiedad como en la Unión Soviética, ha sido posible en cierta medida organizar centralizadamente la producción social sobre la base de un sistema de distribución equitativo. Pero incluso bajo esta situación el carácter de la economía planificada está todavía codeterminado por la competición internacional y en tal medida representa una estructura que ayuda a perpetuar la anarquía general de la producción capitalista.

Marcuse que describe esta situación como coexistencia de comunismo y capitalismo ubicando las causas en una situación histórico-objetiva, no comprende que la relación es inevitable, debido a las inmanentes del capital y a su expansión.

Marcuse ve en la coexistencia una fuerza a la vez divisora y unificadora, argumentando que lo que aparta, pero también beneficia a ambos sistemas es la competición, ya que ella explica tanto el rápido desarrollo del comunismo, como la productividad incontenida del capitalismo. También piensa que la situación de coexistencia hostil puede explicar el carácter terrorista de la industrialización stalinista. (12) Empero, aquí debemos decir que toda existencia capitalista es coexistencia hostil. Además el

11. Paul Mattick; Crítica de Marcuse. El hombre unidimensional en la sociedad de clases, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1974, p.11.

12. Herbert Marcuse; El hombre unidimensional, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968, p. 64.

terrorismo no existía sólo en el país de Stalin, no fue más fuerte en la coexistencia hostil como en la transformación de la economía planificada.

La coexistencia hostil no fue tampoco lo que llevó a la desvirtuación del socialismo: creemos que el terror se usó para poner término a la coexistencia con el enemigo interno, es decir, con las tendencias del capitalismo privado inherentes a la producción campesina, que amenazaban con anular el carácter planificador de la revolución bolchevique.

La coexistencia tampoco explica la aparente consolidación del capitalismo, según piensa Marcuse, al afirmar que sin el comunismo sería imposible explicar la unificación política y económica del mundo capitalista. Tal unificación no existe realmente. La improbabilidad de la guerra entre fuerzas capitalistas de la que habla Marcuse, como resultado de la coexistencia con el capitalismo, no conduce por sí sola, a la unificación política y económica del mundo capitalista. De hecho fue la guerra misma lo que dio lugar al grado de unificación de que es capaz el mundo capitalista.

La única unificación de que es capaz el capitalismo, y que no llega a ser más que una alianza temporal para hacer la guerra, es unificación por absorción, con la concentración y centralización nacional e internacional del capital.

Actualmente la integración económica capitalista se consigue por medios políticos, en contraposición con la fusión económica, ya que esta última implicaría el sacrificio del principio de

rentabilidad en provecho de la distribución racional de los recursos productivos, o en otras palabras, implicaría la abolición del capitalismo.

El capitalismo nunca ha dejado de enfrentar contradicciones y crisis, y otra manera de enfrentarlas ha sido la aparición de la economía mixta, en donde el sector privado es acompañado por un sector público, inevitable para asegurar el buen funcionamiento de la economía mixta, en donde el sector privado es acompañado por un sector público, inevitable para asegurar el buen funcionamiento de la economía de mercado. (13) Pero finalmente, la expansión y la existencia misma del sector público está en contraposición con los intereses del sector privado.

En cuanto a la coexistencia pacífica y por lo anterior, observamos, que una coexistencia pacífica indefinida de las economías planificadas y de las orientadas por el mercado, no es menos ilusoria que la experiencia indefinida de la economía mixta como economía de mercado. De hecho, lo que acentúa el conflicto entre los dos sistemas, es precisamente el control estatal o control del sector público progresivo en las economías de empresa privada, pues piensa que esta tendencia podría acabar con el sistema capitalista.

Lejos de acercar el capitalismo tradicional a las economías planificadas, el advenimiento de la economía mixta es ejemplo de que se intensifica su enemistad, aunque sólo sea para restringir la expansión del control estatal en las economías de mercado;

13. Paul Mattick; *Op. Cit.*, pp. 52-57.

esto es, que la contención del comunismo se convierte en condición necesaria para la continuidad de existencia del sistema de empresa privada.

Además, las guerras entre sistemas capitalistas idénticos, han puesto en claro que la competición capitalista se convierte en competición imperialista, y que habría guerras incluso si no hubiera ni una sola nación comunista. La Segunda Guerra Mundial demostró la viabilidad de alianzas temporales entre sistemas de producción capitalistas y socialistas; pero al mismo tiempo, demostró también la irreconciliabilidad fundamental de estos sistemas, no simplemente a causa de nacientes intereses conflictivos nacionales e imperialistas, sino también debido a sus diferentes estructuras sociales.

2.2. Una base técnico-económica común a ambos sistemas.

En el desarrollo de la sociedad soviética, el período stalinista es el período de la industrialización, emprendida con el objetivo de gran envergadura de alcanzar y sobrepasar el nivel de productividad de los países occidentales avanzados. Las condiciones y objetivos específicos de esta industrialización, realizada en competición antagónica con el mundo occidental, determinaron los rasgos más especulativos del marxismo soviético, y al mismo tiempo, asegura Marcuse, se puso de manifiesto el hecho de que "en algunos aspectos significativos los dos sistemas antagónicos mostraban una tendencia paralela: la

industrialización total parece exigir modelos de actitud y organización que limitan las diferencias esenciales, políticas e ideológicas, entre ambos sistemas." (14)

Para Marcuse, los dos sistemas sociales antagónicos confluyen en la tendencia general del progreso técnico durante la época contemporánea: la utilización de la técnica como instrumento de dominación. Esta situación, dice, se deriva del hecho de que la técnica como instrumento de dominación. Esta situación, dice, se deriva del hecho de que la técnica de la industrialización capitalista, la tecnología, el trabajo semiautomatizado y mecanizado que aísla a los obreros facilitando su integración en el sistema, es apropiado por el socialismo en la situación de coexistencia. Para él, la técnica es un sistema de dominio; lo cual significa que la tecnología se organiza de tal manera, que garantiza la cohesión de cada estructura social. (15)

Por lo tanto, prosigue, tampoco existe contraposición entre la ética occidental y la ética soviética. En el Estado soviético, la industrialización total se realizó en condiciones incompatibles con la ética liberal, es decir en contra de la falsa idea del individuo autónomo con derechos inalienables, razón por la que creó su propio sistema de valores. Sin embargo, prosigue, los métodos y técnicas de trabajo y el adoctrinamiento

14. Herbert Marcuse; El marxismo soviético: un análisis crítico, pp. 200-201.

15. Herbert Marcuse et al.; Marcuse ante sus críticos, pp. 43-62.

de la población de acuerdo con ellos evidencian un denominador común entre la ética occidental y la ética soviética.

Para Marcuse, la tecnología actual es propia del capitalismo, pero éste no la limita. Aquella ofrece al capitalismo una salida, y es por ello el obstáculo más importante para su abolición, pues la tecnología asegura la continuidad del capitalismo.

Según Marcuse, a este nuevo sistema de explotación y dominio, ya nadie se enfrenta, sino que es aceptado con gusto o pasivamente por todas las clases sociales. La tecnología no apunta a ninguna alternativa histórica, sino que da por resultado "la esclavización progresiva del hombre por un aparato productivo que perpetúa la lucha por la existencia." (16)

Por esta razón el mal principal -sugiere- no está en el capitalismo, sino en la ciencia y la tecnología, ya que estas amenazan con anular los efectos de una transformación social del capitalismo hacia el socialismo, o muestran en este último los mismos efectos perjudiciales que produce en el capitalismo.

Marcuse mismo señala que la automatización, una vez convertida en el proceso de producción material, revolucionaría la totalidad de la sociedad. Por esta razón, dice, las economías nacionalizadas como las de empresa privada deben contener el desarrollo tecnológico y detener el crecimiento material o intelectual, en un punto en que la dominación sea todavía racional y rentable.

16. Herbert Marcuse; El hombre unidimensional, pp. 163.

Pero en su consideración, este punto parece estar lejos, y mientras tanto, el capitalismo responde al "desafío del comunismo con un desarrollo espectacular de todas las fuerzas productivas, después de subordinar el interés de la rentabilidad privada, que detendría tal desarrollo." (17)

Ahora bien, al igual que para Marcuse, para Marx la ciencia y la tecnología son propias del capitalismo, pero sólo en el sentido de que su dirección y desarrollo encuentran su determinación y sus limitaciones en las relaciones de producción capitalistas. Si se abolieran estas relaciones, la ciencia y la tecnología podrían seguir un curso libre o deferente. Para Marx ni la ciencia ni la tecnología constituyen un sistema de dominio; la dominación del trabajo por el capital es lo que convierte la ciencia y la tecnología en procedimientos de explotación y dominio de clase. Pero en la consideración de Marcuse, el capitalismo ya no es lo que determina el estado y naturaleza de la tecnología; es la tecnología lo que determina el estado y naturaleza del capitalismo.

En este mismo sentido, también comete un error al decir que es la adopción de la tecnología capitalista por los regímenes socialistas, lo que impide su determinación como Estados libres, ya que éstos se desvían de su objetivo original debido esencialmente, al paso que han dado de la apropiación privada del plustrabajo a su apropiación por el Estado.

17. Op. Cit., p. 76.

2.3. El totalitarismo en la sociedad soviética.

De acuerdo con André Gorz, creemos que las consideraciones de Marcuse sobre el totalitarismo contemporáneo, que lo llevaron a suponer que éste se expresa con el fascismo, en Norteamérica y en la URSS; tienen su origen en la experiencia histórica por él vivida.

Durante los años 20, Marcuse descubrió al mismo tiempo a Freud, Marx, el surrealismo y la revolución rusa. Diez años después, constató que la crisis general del capitalismo no dio lugar a una revolución liberadora, sino a la barbarie fascista, mientras que las potencialidades liberadoras de la revolución rusa eran obstaculizadas por la administración stalinista.

A partir de este momento, para él, el dogmatismo, el adoctrinamiento y la servidumbre prevalecieron sobre la búsqueda de la libertad. (16)

En cuanto al totalitarismo soviético, reiteramos, sus tesis son producto del momento histórico, pero también tienen su origen en su vivencia personal, pues en el período previo a la elaboración de su obra "El marxismo soviético", él se ligó muy estrechamente a instituciones norteamericanas de orientación ideológica antisoviética.

En su trabajo sobre el marxismo soviético, Marcuse afirmó que la decisión del Estado soviético de acelerar la producción de

16. Herbert Marcuse et al.; Marcuse ante sus críticos, pp. 97-113.

bienes de consumo mediante la emulación del "espíritu socialista" y de la movilización de la población para el trabajo, no se puede explicar sencillamente por el apetito de poder de los dirigentes soviéticos, sino se halla enraizada en las condiciones objetivas bajo las que operaba el Estado soviético, pues su desarrollo en medio de un cerco capitalista, excluía la posibilidad de prescindir de la movilización de la población; excluía también un cambio fundamental en el sistema de valores, que subordinaba la libertad socialista al esfuerzo y a la disciplina y por esta razón afirma, sólo al gobierno soviético y al Partido incumbía la elevación del nivel de consumo popular; esto es, que el desarrollo económico, caminó paralelamente con el reforzamiento de una moral represiva, pública y privada, en el trabajo y en el ocio.

Dice que: la concepción stalinista que condicionaba la desaparición del Estado como maquinaria represiva al reforzamiento del Estado socialista, no se alteró tras su muerte, por el contrario, continuó en primer orden al reforzamiento permanente del Estado y del Partido. Esto se debía -prosigue-, a que la iniciativa del viraje hacia el "debilitamiento" del Estado no correspondía a los dirigentes soviéticos, sino a que dependía de la ruptura del cerco capitalista y de sus efectos sobre la sociedad soviética.

Como esto último no se vislumbraba a corto plazo, el "reino de la necesidad", o sea la economía quedaba sometido al control racional no de los individuos, sino de un Estado que se situaba

por encima de éstos, por lo tanto, los derechos del individuo en esta esfera se convierten en materia de competencia del Estado.

El Estado, que en su calidad de poder independiente controla el reino de la necesidad, controla también, dice, las aspiraciones personales, los objetivos y los valores del individuo.

La sistemática reducción del antagonismo entre la existencia interior y externa, entre la existencia privada y pública, antagonismo que es el elemento vital de la ética occidental, ha sido una de las funciones básicas, tanto de la sociedad soviética como de la filosofía ética soviética.

La sociedad como un todo, representada por el Estado soviético, define no sólo el valor de la libertad sino también su alcance; en otras palabras, afirma que la libertad se transforma en un instrumento para la consecución de objetivos políticos.

Por lo anterior, concluye Marcuse, el Estado soviético pierde su posición revolucionaria, sirviendo así para justificar un régimen represivo que se utiliza como pretexto ideológico para perpetuar el status quo. Con ello, participa de las pautas de organización y conducta características de la civilización industrial contemporánea. (19)

Ahora bien, para Marcuse la nacionalización crea la base de la producción socialista, pero esta, sin iniciativa ni control "desde abajo" por el productor inmediato, no es más que un artificio tecnológico-político para aumentar la productividad del

19. Herbert Marcuse; El marxismo soviético, pp. 224-233.

trabajo, para acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas y para controlarlas desde arriba, un cambio en la forma de dominación, mas que una condición necesaria de su abolición.

(20)

Dice que, para que la nacionalización se convierta en verdadero socialismo, es necesario que la primera continúe con la desaparición del Estado, del Partido, del Plan, etc., como poderes independientes situados por encima de los individuos; pero prosigue, como este cambio dejaría intacta la base material de la sociedad (el proceso productivo nacionalizado), quedaría reducido a una revolución política, o sea no supondría una revolución social.

Lo anterior en el caso de la URSS, se ligó, según Marcuse, a un desarrollo opresor de la tecnología, durante la relación de coexistencia con el capitalismo, situación que determinó para el régimen soviético un sistema de dominio totalitario.

En este punto, si bien Marcuse caracteriza acertadamente el tipo de régimen, no ubica claramente las causas, pues finalmente no fue el curso del desarrollo tecnológico lo que determinó un sistema de explotación, sino el que la nacionalización de la producción pudiera ser una nueva forma de capitalización: el hecho de que los medios de producción pasaran del control privado al control estatal, demostró que no existía una base de producción de capital y, en consecuencia, para la reproducción del trabajo asalariado. Las lamentables circunstancias de las

²⁰. Op. Cit., pp. 82-98.

llamadas naciones del socialismo real y que Marcuse describió tan brillantemente con el totalitarismo en la URSS, responden a una inconclusa transformación social y no a la tecnología; o en otras palabras se debe al pase que estos sistemas dieron de la apropiación privada del plustrabajo a su apropiación por el Estado.

No obstante, aún con todas sus deficiencias, estos sistemas que Mattick denomina "capitalistas de Estado", ⁽²¹⁾ son lo opuesto al capital privado, aunque ambas formas prosperen gracias a la explotación. Estas, discrepan en la cuestión, mucho más importante, de cuáles tiene que ser las capas sociales que se beneficien de la producción de capital.

La economía nacionalizada ya no es una economía de mercado. Bueno o malo, ese tipo de economía puede realmente planificar su producción y distribución, aunque este este influido por necesidades internas, por el mercado mundial y por la política internacional. Su propia existencia y extensión en el espacio pone en peligro la existencia del capitalismo privado al limitar su expansión.

2.4. Critica del socialismo.

Una de las tesis principales de Marcuse planteadas en su libro "El marxismo soviético", es la que sostiene que una revolución socialista en las sociedades industriales avanzadas de

²¹. Paul Mattick; Op. Cit., pp. 52-57.

occidente, está muy lejos de realizarse debido a la organización vigorosa del capitalismo y a la conversión del socialismo en totalitarismo en la Unión soviética.

Con esto, Marcuse nos dice que en el mundo actual el socialismo no existe y las posibilidades que tiene de realizarse son casi nulas.

Para el momento en que escribe su obra, los países de régimen socialista representan para él, una desvirtualización del mismo, y ejemplifica atinadamente con la sociedad soviética en qué consiste este fenómeno.

Desde el primer Plan Quinquenal, dice, la Unión Soviética se lanzó a una competición económica política y estratégica con los países adelantados de Occidente, pero la crisis del capitalismo no produjo una revolución, lo que vislumbró el aislamiento y el conflicto, más que una extensión internacional del socialismo. Esto determinó el establecimiento del autoritarismo en la sociedad soviética como parte de la preparación mental y física para el trabajo, la guerra y la disciplina. (22)

En este sentido la ética soviética constituye una prueba del conflicto existente entre una productividad y riqueza cada vez mayores, por un lado; y el imperativo social de esfuerzo y renuncia personal, por el otro. Cuanto mayor es la posibilidad de utilizar la productividad y la riqueza para la satisfacción de las necesidades individuales y para el aumento de la libertad

22. Herbert Marcuse; El marxismo soviético, p. 257.

individual, tanto más grande es la necesidad de mantener el mismo sistema. (23)

Según Marcuse, la racionalidad tecnológica, podría constituir un poderoso vehículo de liberación, pero en la medida en que la URSS coexiste con el capitalismo internacional, la racionalidad tecnológica se funde con la política de represión de la libertad y felicidad individuales. Es así como da una transparencia del trabajo desagradable, pero socialmente necesario desde el organismo humano a la máquina, constituyéndose en un arma en la lucha competitiva con Occidente. En este proceso, el posible ahorro de energía se halla en gran parte, anulado en lo que se refiere a su efecto liberador, por la utilización represiva de la tecnología: duración de la jornada laboral, cadencias aceleradas de trabajo, producción bélica, etc.

En otras palabras, prosigue Marcuse, la libertad se transforma en instrumento para la consecución de objetivos políticos; objetivos cuyo valor y alcance son definidos por el Estado soviético. Este hecho, agrega, expresa el desarrollo en virtud del cual el Estado soviético pierde su posición revolucionaria privilegiada y participa de las pautas de organización y conducta características de la civilización industrial contemporánea.

El Estado soviético funda los valores éticos y políticos reprimiendo la conciencia de los individuos. Con ella

23. Op. Cit., p. 258.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

afirma lo existente al mantenerse como un poder independiente sobre los individuos.

Para el de Frankfurt, en el momento en que escribe sobre el marxismo soviético, la URSS no tiende hacia una perspectiva diferente de evolución, por el contrario, ésta se hunde cada vez más en el totalitarismo. Su crítica no la dirige en contra del comunismo o socialismo -términos que en ningún momento diferencia- pues éstos, entendidos como "producción y distribución de la riqueza social para satisfacción de las necesidades individuales; como reducción cuantitativa y cualitativa del trabajo socialmente necesario; y como libre elección de ocupación y empleo" (21), le parecen en sí mismos, conceptos racionales. Su crítica la dirige en contra del socialismo soviético; en contra de una sociedad, que le parece, no se diferencia en ningún aspecto de cualquier sociedad capitalista.

Marcuse rechaza el socialismo en su forma vigente, pero no se aparta de su consideración del socialismo como la alternativa auténticamente histórica, pues no contempla una administración totalitaria como el objetivo ideológico del socialismo, ni como su lógica interna. Sin embargo, mantiene una noción confusa acerca del desarrollo de una nueva sociedad en el futuro, pues la define únicamente en términos "humanos", como una sociedad sin guerras, sin ferocidades, sin explotación ni odio; una sociedad que debe

²¹ Op. Cit., p. 273.

rehacer los instintos humanos reprimidos. ⁽²⁵⁾ Con esto, sustituye la teoría social marxista por la concepción biologicista de la sociedad.

Durante los últimos años acentuó aún más, su crítica del socialismo real. En el prólogo a la edición francesa de 1963 de "El marxismo soviético", escribe abiertamente: "El debilitamiento del potencial revolucionario en las sociedades industrializadas de Occidente, determinado por la estabilización del capitalismo organizado y el mantenimiento del totalitarismo en la sociedad soviética, convierte a los partidos comunistas, en herederos históricos de los partidos socialdemócratas de los años de la preguerra. Sin embargo, a diferencia de la situación existente en los partidos socialdemócratas antes de la guerra, los partidos comunistas hasta hace muy poco no conocían un movimiento ultra izquierdista; hoy este movimiento lo han creado los comunistas chinos."

Así pues, Marcuse afirma que el movimiento comunista se ha apartado de las posiciones de clase y ha ocupado el lugar histórico de los partidos socialdemócratas; al mismo tiempo considera a los maoístas como los continuadores de la causa del marxismo-leninismo, aunque sin depositar grandes esperanzas en ellos como potencia revolucionaria. Por esta razón Marcuse busca otras fuerzas revolucionarias, que encuentra fuera del ámbito de la clase obrera. A juicio suyo, la clase obrera ha perdido ya, su potencial revolucionario. El marxismo soviético, a diferencia del

²⁵. Herbert Marcuse; El hombre unidimensional, pp. 157-163.

marxismo del que él se considera representante, le parece como la ideología de la estabilización del sistema posrevolucionario, como la ideología de la etapa en que la clase obrera ha dejado de ser una fuerza revolucionaria, y el Estado socialista ha dejado de cumplir, según él, la función de bastión de la Revolución.

Ahora bien, es necesario mencionar que las declaraciones de Marcuse sobre el socialismo, han sido utilizadas por los medios imperialistas, anarquistas y radicales de izquierda, cuyo fin es escindir o paralizar las aspiraciones revolucionarias eficaces en contra del capitalismo. A esto se debe que las teorías de Marcuse permanezcan en el centro de las discusiones filosóficas y sociopolíticas.

No obstante, por otro lado, el análisis que hace del socialismo soviético, que lo llevan a delimitar la represión de la conciencia como afirmación de lo existente, no sólo es una fundamentación teórica válida para entender la estructura de los valores éticos y políticos de la Unión Soviética; es básica para entender la reproducción de muchos de los sistemas socialistas totalitarios en la actualidad.

3. Marcuse y la teoría trotskista de la Revolución Traicionada.

Es uno de los grandes méritos de Marcuse, el haber confirmado la influencia determinante de la conciencia en los procesos de transformación social; del efecto de la superestructura sobre la estructura. Sin embargo, el acento que

puso en los fenómenos socioculturales, descuidando los económicos o estructurales, restringe en algunos aspectos importantes el análisis de su teoría crítica sobre la sociedad soviética antes del viraje de ésta a una economía de mercado, siendo por ello insuficiente para ubicar las causas de esto último.

Otros autores, antes que Marcuse, analizaron también el régimen soviético, encaminando su crítica básicamente hacia la afirmación de que la Revolución Socialista en la URSS se había convertido en una ideología del status quo, este es el caso de León Trotsky, cuya concepción originó otras que también afirmaron que después de la Revolución se formó una nueva clase dominante (James Burham, Milovan Gilas y otros).

En el presente trabajo decidimos recordar brevemente a Trotsky, porque Marcuse fue acusado por algunos teóricos, de repetir su teoría sobre la "Revolución traicionada" ⁽²⁶⁾, particularmente en lo referente a los planteamientos sobre la coexistencia de comunismo y capitalismo, y el desarrollo tecnológico que conocieron ambos, la crítica de la existencia de un régimen totalitario, y el concepto de socialismo; puntos éstos, que son parte medular del análisis marcusiario sobre la sociedad soviética.

Y efectivamente, desde la Cuarta Internacional, y desde el punto de vista estrictamente marxista, a más de 20 años antes de que Marcuse publicara el "Marxismo soviético", Trotsky, perpetrador de la revolución social de 1917, denunció la ausencia

²⁶. Herbert Marcuse; Marcuse ante sus críticos, pp. 113-129.

de una democracia proletaria, el burocratismo en el que se iba sumiendo la URSS y la necesidad de replantear el proceso.

Del pensamiento trotskista, Marcuse retomó tres problemas básicos que amplía posteriormente bajo otro contexto en su obra sobre el marxismo soviético: la socialdemocratización de los partidos comunistas; el burocratismo estatal; y la caracterización del socialismo en la sociedad soviética.

Para demostrar esto, procederemos a hacer una exposición general de las tesis de León Trotsky.

León Trotsky, nacido en Ucrania en 1879, participó activamente desde la primera revolución rusa de 1905, desarrollando un papel de primer plano en el soviet de Petrogrado.

Durante el proceso de los años anteriores a la gran revolución de 1917 y durante los años posteriores, incluyendo un largo período de exilio y persecución personal y familiar.

Trotsky fue un gran analista político, tanto en lo que a ideas se refiere como a la práctica, en el sentido de que su atención estaba orientada y definida por las relaciones de fuerzas en conflicto y por el significado político de los fenómenos sociales.

Ya que por las circunstancias en que vivió y por su propio y singular papel de protagonista, estaba esencialmente condicionado por los problemas políticos, y en este sentido es más limitado que otros pensadores marxistas que se preocuparon del carácter

sociológico de los mismos fenómenos y de la estructura económica que los sostiene.

Trotsky se alzó en contra de algunos supuestos que a su juicio, podrían llevar a la burocratización y detención socialdemocrática del proceso revolucionario. Según su criterio, el enemigo del revolucionario y el escudo de la burguesía es la socialdemocracia. Trotsky llegó a generalizar tanto el concepto que en los últimos períodos de su vida, criticando la burocracia stalinista, se refería a ella como una socialdemocracia que había detenido el proceso de la Revolución Rusa.

La burocracia, dijo, se constituye en el elemento que deriva del poder y, por consiguiente, expresa perfectamente y realiza lo que la palabra desviacionismo significa. El origen de cualquier desviacionismo revolucionario, es siempre el fenómeno de la burocratización. Para Trotsky, la solución estaba en realizar su ideal de la "Revolución permanente."

Entre los principales problemas que a su juicio podrían llevar a la burocratización y detención socialdemocrática del proceso revolucionario, estaba el de suponer que la revolución rusa debería realizarse dentro de sus límites y a través del Estado ruso, como consecuencia de la amenaza del capitalismo exterior. Para Trotsky, concebir la revolución como revolución aislada, era falsearla e iniciar el camino de la desviación.

Por otra parte, también previó el desarrollo tecnológico. Según su punto de vista, la revolución tecnológica ha influido decisivamente en los modos de producción, tanto para igualar las

condiciones que definen al trabajador, como para hacer que la producción forme una clase trabajadora universal que contribuya a la revolución permanente.

Ahora bien, de acuerdo con lo expuesto sobre el pensamiento general trotskista, es importante recordar que Herbert Marcuse militaba en el Partido Socialdemócrata cuando estalló la revolución alemana de 1918, militancia que abandonó en 1919, después del asesinato de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, y del fracaso de la revolución. No obstante, aunque no vuelve a intervenir en la política activa, llegó a ser considerado junto a George Lukács, hacia 1927, uno de los teóricos que intentaron romper la burocratización del socialismo naciente.

Trotsky por su parte, desde 1923, había iniciado la batalla contra la conversión burocrática del Partido Comunista Soviético y había criticado la actitud del Partido Comunista y de la Internacional durante la crisis alemana.

Para Marcuse, la lucha que planteó por primera vez Trotsky no debió pasar inadvertida; fueron contemporáneos y además, miembros en sus inicios políticos, de una misma corriente internacional, la socialdemocracia.

Por lo tanto creemos que, de los problemas señalados por Trotsky acerca de la socialdemocratización de los partidos comunistas, el burocratismo estatal, y la caracterización del socialismo en la sociedad soviética, es de donde partió Marcuse para afirmar el hecho de una coexistencia competitiva entre el socialismo y el capitalismo; coexistencia que incluía procesos de

desarrollo tecnológico y social comúnmente opresivos, que hacían posible la reorganización vigorizada del capital, la improbabilidad de la revolución proletaria en estos países y el fortalecimiento del autoritarismo en la Unión Soviética.

En cuanto a la socialdemocratización comunista, Trotsky señala: "esta es un concepto dialéctico que ampara una situación contrarrevolucionaria." Trotsky asimilaba contrarrevolución a socialdemocracia, por eso su lucha contra la socialdemocracia es permanente.

Al igual que para Lenin, la configuraba como una actitud burguesa que definía la máxima capacidad posible del capitalismo para absorber y disolver el proceso revolucionario. En este sentido calificó bajo el concepto, no sólo la posición pasiva de los Partidos comunistas ante el régimen de Stalin y ante la situación mundial, sino que consideró al burocratismo estatal como una condición socialdemócrata. (27)

En Marcuse en cambio, se adolece de una definición precisa; no obstante, sí ubica el momento de su aparición.

Para él, el partidismo socialdemócrata con las características propias del momento histórico previo a la Segunda Guerra Mundial, resurge entre los partidos comunistas hacia la segunda mitad del presente siglo, como consecuencia del fortalecimiento del autoritarismo en la Unión Soviética, y de la improbabilidad de la revolución proletaria en los países de

27. León Trotsky; La revolución desfigurada, Tomo 2, Ed. Juan Pablos, México, 1972.

Occidente, ya que el capitalismo se ha reorganizado y vigorizado. Para Marcuse es el resultado del problema más general que engloba la debilidad de un sistema y la fortaleza del otro.

Marcuse insistió en la crítica a la socialdemocratización de los partidos comunistas de los partidos comunistas después de 1940, a diferencia de Trotsky, quien en la década de los años veinte, inició sus reflexiones como reflejo de su lucha política y en los treinta, elaboró la "Revolución traicionada", para denunciar el burocratismo staliniano.

Con sus planteamientos, Marcuse coincidió con Trotsky, pero sin lugar a dudas, bajo un contexto teórico y político más reducido.

En lo que se refiere al totalitarismo en la Unión Soviética, una de las argumentaciones más brillantes de Marcuse por contribuir al concepto de Estado como supuesto poder independiente que, dirigido por una nueva capa social, al mismo tiempo que controla el plano económico, controla también, las aspiraciones, objetivos y valores del individuo; debemos decir, que Trotsky ya se refería al mismo problema en los siguientes términos: "La burocracia, como una nueva capa dirigente que, utilizando los órganos del Estado se ha convertido de servidora de la sociedad en su amo, tiene profundas causas sociales." (22)

Para Trotsky las condiciones creadas por la transición del capitalismo al socialismo, hizo que la autoridad burocrática se

22. León Trotsky; La Era de la revolución permanente, Akal Aditor, España, 1976, pp. 187-214.

asentara sobre la escasez de bienes de consumo y la competencia entre los individuos que resulta de ella. Tal fue el punto de partida de la burocracia soviética, pues ella se apropió del derecho de reparto.

En su primer periodo -continúa- el régimen soviético fue sin duda, mucho más igualitario y menos burocrático; pero en la medida en que la economía soviética se elevó a un nivel superior desde su estado de miseria, es decir, en la medida que se desarrollaron las fuerzas productivas, la acumulación de privilegios entre una minoría se hizo posible. Es esta la razón por la cual el crecimiento de la producción no fortaleció los rasgos socialistas del Estado soviético, sino los burocráticos.

Marcuse por su parte, también ubica la consolidación de la burocracia en el momento en que la URSS se propone adelantar el nivel de desarrollo industrial capitalista, como resultado de la coexistencia competitiva con estos países, punto éste último en el que pone énfasis.

Pero a diferencia de Trotsky, el de Frankfurt aborda ampliamente los efectos del Estado opresor sobre la conciencia de los individuos.

La orientación teórica hacia los problemas superestructurales y fenómenos de la cultura moderna, permitió a Marcuse abordar con gran lucidez, el sistema de los subordinados y el papel represivo de la moral en la vida privada y pública como una extensión de las funciones básicas del Estado soviético.

Su análisis sobre la ética soviética es, sin duda, un ejemplo del alcance de la ideología en los Estados de régimen burocrático-autoritario.

Con respecto a la caracterización de la URSS como sociedad socialista, Marcuse, parafraseando a Trotsky, afirmó que no debía considerarse a ésta como Estado socialista, ya que en su estructura se verificaban procesos idénticos a los de cualquier país capitalista.

Este aspecto de la obra marcusiana, como ya mencionamos antes, es uno de los más ambiguos pues al mismo tiempo que planteó que la Unión Soviética no tendía hacia una perspectiva diferente de evolución, por estar sumida en la coexistencia competitiva con el capitalismo, argumentó que sólo la consecución de un alto desarrollo económico que cubriera las necesidades básicas de toda la población haría posible su definición como sociedad socialista.

Trotsky por su parte, con la claridad característica de una de las cabezas revolucionarias de mayor finura y complejidad en la concepción de la historia, además de caracterizar a la sociedad soviética, vislumbró ya la posibilidad del cambio que hoy es una realidad.

En su obra, "La revolución traicionada", escrita en 1935, dice "Definir al régimen soviético como transitorio o intermedio, significa abandonar categorías sociales tan simples como capitalismo (y también capitalismo de Estado) y socialismo. Pero además de que esta definición es insuficiente, podría sugerir la

idea errónea de que a partir del actual régimen soviético sólo es posible el socialismo. En realidad es igualmente posible un retorno hacia el capitalismo". (29)

Para Trotsky la Unión Soviética es una sociedad contradictoria, a mitad de camino entre el capitalismo y el socialismo: en el camino hacia el capitalismo la contrarrevolución tendría que vencer la resistencia de los trabajadores. Para avanzar hacia el socialismo, los trabajadores tendrían que derrocar a la burocracia. Para Trotsky no existía ninguna salida pacífica a la crisis, la cuestión sería decidida por una lucha entre fuerzas sociales vivas, tanto a nivel nacional como internacional.

Después de cinco décadas, la evidencia del carácter que tomó la crisis en la Unión Soviética, y se repercutió en otros países de Europa, le dan al análisis de Trotsky un enfoque previsor. Su teoría, sin lugar a dudas, subyace en la obra de Marcuse.

Pero Marcuse, salvo su análisis del Estado soviético como opresor y sus efectos en la conciencia individual, no va más allá, sustancialmente, de los señalamientos de Trotsky, e incluso llega a ser superado, tanto por la superficialidad con que trata las causas económicas, como por su limitada práctica política con respecto al teórico bolchevique.

Sin embargo, aunque actualmente su postura no es suficiente para indicarnos las causas del cambio experimentado por la

²⁹. León Trotsky; La revolución traicionada, Ed. Juan Pablos, México, 1972.

sociedad soviética, su análisis contiene brillantes aportaciones que se adelantaron a su tiempo y por lo tanto es punto de partida obligado para una explicación histórico-sociológica de los recientes acontecimientos.

Desarrollaremos esta afirmación en el siguiente capítulo.

CAPITULO III

CONCLUSIONES

1. En torno a los planteamientos de Marcuse sobre el marxismo soviético.

El polémico análisis de Herbert Marcuse sobre el marxismo soviético debe ser analizado como el resultado de dos vertientes que se unen en la personalidad del teórico de la Escuela de Frankfurt.

La primera, es la influencia antisoviética que recibe durante su trabajo como analista en los servicios oficiales estadounidenses de seguridad y espionaje. Ello, aunado al conocimiento del fascismo y el stalinismo, reafirmó sus inquietudes hacia la consideración de que el marxismo de la época era partícipe de objetivos manipuladores, y por esto es que titula así su obra, porque pretende evidenciar las tendencias positivistas en la utilización de la teoría de Marx, teoría cuya fidelidad reivindica Marcuse.

La segunda vertiente es su formación intelectual dentro de la Teoría Crítica: en su calidad de integrante de la Escuela de Frankfurt, y utilizando como método esta teoría, para los años cincuenta, Marcuse se interesaba en evidenciar el positivismo y formalismo de las disciplinas sociológicas y antropológicas y

ponía en primer plano temas como el humanismo, la democracia o el socialismo. Sus análisis se centraban ya en las superestructuras ideológicas e institucionales, con base en la idea de que estas podían determinar las relaciones de producción; al mismo tiempo, pretendía poner al descubierto la manipulación de la conciencia de los sujetos, vinculando el nivel microológico e individual al de la lógica de los sistemas sociales.

Para ese entonces, Marcuse ya no dudaba de que la unidad entre libertad y razón desarrollada por el pensamiento ilustrado, se había roto; que con el capitalismo la razón se vuelve mecanizadora de la vida social, afirmativa, y que el progreso, en el sentido formal de expandir el dominio de la razón, ya no es liberador. Con esto se opuso tajantemente a la teoría marxista que planteaba que el único agente de la razón era el proletariado.

Por tales motivos, cuando Marcuse incursiona en el marxismo soviético hacia 1958, bajo estos precedentes, su análisis lo lleva a concluir y manifestar que ni los soviéticos, ni los socialdemócratas constituían, desde su perspectiva, la negación histórica de la negación, puesto que cada uno de ellos tendía a reproducir la actitud occidental hacia el trabajo, la tecnología y la racionalidad instrumental. De este modo, los soviéticos cayeron en la crueldad manifiesta y los socialdemócratas se aproximaron a la reproducción del filisteísmo burgués y de la deshumanización.

Pero Marcuse al igual que Adorno, conocía la teoría de Marx, por ello también afirmó que la Unión Soviética se desarrolló gracias a la confluencia del marxismo y del positivismo, pues el afán de desarrollo industrial de los dirigentes de la URSS, fundamentado en el marxismo, se combinó con su concepción positivista de la razón, haciendo de esta última, un instrumento de la burguesía.

El resultado, dice Marcuse, fue la represión política y psíquica. El arte, la filosofía y la cultura fueron reducidas a instrumentos de afirmación. Fueron útiles sólo para reforzar la estructura interna de la Unión Soviética.

Para Marcuse, el énfasis soviético en el industrialismo se debió a la coexistencia del sistema socialista con el capitalista; coexistencia divisora, pero también unificadora, ya que lo que apartó, pero también benefició a ambos sistemas fue la competición, pues ella explica tanto el desarrollo industrial de comunismo como la productividad incontenida del capitalismo. A esta coexistencia, afirma, también se debe la desvirtuación del socialismo en una burocracia y la unificación política y económica del capitalismo.

En contraposición con Marcuse, nosotros afirmamos que una relación entre ambos sistemas era inevitable, debido a que aún las economías planificadas, se ven influidas por la competición internacional; pero a esto no se debieron los cambios en ambos sistemas. Para nosotros, lo que impidió al socialismo soviético realizarse plenamente, fue el paso que dio de la apropiación

privada del plustrabajo a su apropiación por el Estado. Y de la parte capitalista, el hecho de que registre aumento en su producción, no es signo de expansión y estabilidad. El capitalismo nunca ha dejado de enfrentar contradicciones y crisis, y una manera momentánea de enfrentarlas ha sido por medios políticos, como la intervención del gobierno en la economía para formar la economía mixta.

Marcuse también aseguró que la industrialización soviética realizada en competición antagónica con el capitalismo, puso de manifiesto que los dos sistemas, al confluír en la tendencia general del progreso técnica, coincidían política e ideológicamente; esto es, que coincidían en el uso de la tecnología como sistema de dominio.

Con estas afirmaciones Marcuse comete una gran equivocación, pues no es la tecnología en sí la que constituye un sistema de dominio, sino las relaciones de producción que le dan finalmente el carácter de opresivas. Por lo tanto, la adopción de la tecnología capitalista por los regímenes socialistas no es lo que impide su determinación como Estados libres y democráticos como cree Marcuse.

Lo que hace que su obra sea punto de referencia obligado para entender los recientes acontecimientos en la ex-URSS, es su tesis sobre el totalitarismo soviético.

Sus afirmaciones respecto a que el desarrollo económico industrial fue paralelo al reforzamiento de una moral represiva pública y privada, debido a que la economía quedó sometida al

control racional de un Estado, dan luz en el conocimiento de las condiciones objetivas que determinaron tal circunstancia; y más aún, Marcuse al explicar el funcionamiento de la estructura de los valores éticos y políticos de la Unión Soviética, crea un modelo conceptual para entender la represión de la conciencia, como afirmación de lo existente; para entender la reproducción de los sistemas totalitarios.

En este punto es importante mencionar que su concepción sobre la burocracia y el totalitarismo soviético, además de tener antecedentes antecedentes en el marxismo filosófico de Trotsky, Lukács y Korsch, fue también, un desarrollo de la tendencia del pensamiento sociológico germano de los siglos XIX y XX, representada en su forma más completa por la obra de Max Weber.

El aspecto central de esta tendencia fue el de la racionalización implicada en las relaciones sociales. "Para Weber el inevitable destino de la sociedad occidental, era el desarrollo del racionalismo instrumental, del cálculo y del control y su forma en el ámbito económico, era la burocracia."

(1)

Sin embargo, aunque en el pensamiento de Marcuse estén presentes los temas weberianos, la tesis de Max Weber sobre la burocracia, no explicaría plenamente la situación soviética.

Weber estudió el origen histórico y las modalidades de la racionalización capitalista; vio esta sociedad, amenazada por un

¹. Göran Therborn; La Escuela de Frankfurt, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1972, p. 23.

conflicto entre organizaciones racionales y burocráticas, por un lado, y movimientos colectivos por otro (y en particular el movimiento obrero), lo que le llevó a descubrir los mecanismos sobre todo políticos, que pueden impedir la explosión de las contradicciones generadas por tal racionalización. (2)

Por lo anterior, es claro que la diferencia respecto a Marcuse y la Escuela de Frankfurt consiste en el modo diverso de fundamentar epistemológicamente una tesis sobre la burocracia o el poder totalitario, y en un interés distinto en lo cognoscitivo y lo práctico: para Marcuse y la Escuela de Frankfurt se trata del reconocimiento de las contradicciones desde el punto de vista de los sectores oprimidos; para Weber, desde el punto de vista de la posible contención de la crisis de hegemonía burguesa.

Marcuse rechazó el socialismo soviético, pero no se apartó -atinadamente- de la consideración del socialismo como la alternativa auténticamente histórica.

Sin embargo, planteó en términos confusos el desarrollo de una nueva sociedad, pues la limitó a aspectos morales y psicológicos, olvidando con ello, los fundamentos de la teoría social marxista de la que él se consideró representante; y más que reflejar su formación teórica dentro de la Escuela de Frankfurt, pareció recurrir a la concepción biologicista para su propuesta.

². Carlo Donato et al.; La cultura del 900, Siglo XXI editores, México, 1980, pp. 28-35.

conflicto entre organizaciones racionales y burocráticas, por un lado, y movimientos colectivos por otro (y en particular el movimiento obrero), lo que le llevó a descubrir los mecanismos sobre todo políticos, que pueden impedir la explosión de las contradicciones generadas por tal racionalización. (2)

Por lo anterior, es claro que la diferencia respecto a Marcuse y la Escuela de Frankfurt consiste en el modo diverso de fundamentar epistemológicamente una tesis sobre la burocracia o el poder totalitario, y en un interés distinto en lo cognoscitivo y lo práctico: para Marcuse y la Escuela de Frankfurt se trata del reconocimiento de las contradicciones desde el punto de vista de los sectores oprimidos; para Weber, desde el punto de vista de la posible contención de la crisis de hegemonía burguesa.

Marcuse rechazó el socialismo soviético, pero no se apartó -atinadamente- de la consideración del socialismo como la alternativa auténticamente histórica.

Sin embargo, planteó en términos confusos el desarrollo de una nueva sociedad, pues la limitó a aspectos morales y psicológicos, olvidando con ello, los fundamentos de la teoría social marxista de la que él se consideró representante; y más que reflejar su formación teórica dentro de la Escuela de Frankfurt, pareció recurrir a la concepción biologicista para su propuesta.

2. Carlo Donolo et al.; La cultura del 900, Siglo XXI editores, México, 1980, pp. 28-35.

Finalmente creemos que Herbert Marcuse retomó varios problemas de la teoría de León Trotsky sobre "La revolución traicionada", y los amplió en su obra sobre el marxismo soviético.

Estos problemas fueron: la socialdemocratización de los partidos comunistas, el burocratismo estatal y la caracterización del socialismo en la sociedad soviética.

De ellos partió Marcuse para afirmar la coexistencia competitiva de socialismo y capitalismo; la existencia de un desarrollo tecnológico opresor, común a ambos sistemas; el fortalecimiento del capital y la existencia del totalitarismo en la Unión Soviética.

Marcuse a diferencia de Trotsky, trata con superficialidad las causas económicas de esta problemática y hace hincapié en las superestructurales. Ello lo puso en desventaja, después de dieciocho años de acuerdo teórico bolchevique.

No obstante, fue precisamente su inclinación teórica, lo que permitió a Marcuse abordar con gran lucidez la estructura ideológica del totalitarismo en la URSS.

El haber comprobado la influencia determinante de la conciencia en los procesos sociales; la influencia de la superestructura sobre la estructura, quedará como uno de los grandes méritos de Marcuse. Su obra sobre el marxismo soviético contiene brillantes aportaciones que se adelantan a su tiempo y por lo tanto es una referencia obligada para armar una explicación científica de los cambios en la sociedad soviética.

Actualmente creemos que su análisis no es suficiente para aclararnos las causas de esto último, por lo que procederemos a complementarla.

2. Hacia una caracterización de la ex-Unión Soviética y las causas de su desaparición.

Para nosotros la sociedad soviética hasta antes de las reformas que emprende Mijail Gorbachov en 1985, se caracterizaba por ser un sistema totalitario; un sistema de explotación. Pero a diferencia de lo que pensaba Marcuse, creemos que las causas de esto no se originaron en el desarrollo de la tecnología, sino en el hecho de que no existía una base de producción socialista.

Con la revolución de 1917 en la URSS, tuvo lugar una inconclusa transformación social, una nacionalización de los medios de producción que dio lugar a una nueva forma de capitalización y a una reproducción del trabajo asalariado y donde los beneficios de éste último, el plus trabajo pasó de ser apropiación privada a apropiación por el Estado.

Lo anterior no significa que consideremos que haya surgido una nueva estructura capitalista, no. La economía nacionalizada ya no es una economía de mercado, aunque también prospere a costa de la explotación del trabajo. La economía nacionalizada puede realmente planificar su producción y distribución porque está controlada por otras capas sociales.

Este hecho opuso tajantemente una economía como la soviética al sistema capitalista porque limitaba su expansión y sus alternativas, en lugar de vigorizarlo como afirmaba Marcuse.

Cuando la URSS decide sobre esta base llevar a sus últimas consecuencias su política de construcción del socialismo en un solo país, lanzándose a una competición económica, política y estratégica con las potencias capitalistas, consolida paradójicamente el autoritarismo.

Por ello puede decirse que los soviéticos pasaron de la autocracia zarista al stalinismo -con un fugaz período de democracia directa practicado en los primeros años posteriores a la Revolución de Octubre-, situación que influyó en gran parte para que la población no estuviera preparada como interlocutora social y política de propuestas democráticas posteriores; esa misma población que había dado vida a la luminosa cultura en que florecieron León Tolstói, Alejandro Puschkin, Michailowitch Dostoiéwsky, Nicolás Gogol o Antón Chéjov; y la misma que diera fuerza y poder político en la historia universal a la Revolución de Octubre, se sumió en la pasividad al atestiguar la cristalización de la dictadura del proletariado en una organización burocrática que dejó de servir al socialismo y monopolizó, a cambio, el poder.

Nikita Kruschov lo denunció en el célebre XX Congreso del Partido Comunista y luego Mijail Gorbachov.

Mijail Gorbachov fue elegido secretario general del Partido Comunista Soviético, el 11 de marzo de 1985, tenía 54 años. Esa

edad en la URSS de aquellos días, era un hecho casi revolucionario. En el Comité Central que le había elegido, el 53.3% de los miembros, de un total de 319, tenía más de 60 años; 54 de entre ese porcentaje más de 70; y sólo 24 del conjunto total menos de 50.

Otros dos hombres desempeñaron también un importante papel en la historia contemporánea de la URSS.

Boris Nikolayevich Yeltsin, nacido el 19 de febrero de 1931, tiene la misma edad que Gorbachov (2 de marzo de 1931). Ambas pertenecen a la generación que no hizo la Revolución de 1917, a la generación que no hizo la "guerra patriótica", al producirse la invasión nazi de la URSS en 1941; a la generación que terminó sus estudios universitarios en 1955 e inicia su vida política con la muerte de Stalin, y con el XX Congreso del Partido en 1956, esto es, con el informe de Kruschov sobre los crímenes de Stalin.

El otro hombre, Eduard Shevardnadze, futuro ministro de Relaciones Exteriores de Gorbachov, hoy presidente de la Georgia independiente, nació el 25 de enero de 1928.

En los años 60, esa generación se enfrentaba con el duro ascenso y la observación crítica de su alrededor. La URSS se convertiría en una potencia militar y atómica que entraba en la edad de los misiles.

Para 1985, esa nueva generación que llegó al poder, transportaba consigo la esperanza en un gran cambio.

Cuando Gorbachov asumió el liderazgo soviético en la primavera del mismo año, su país empezaba a transitar hacia

situaciones difíciles e inéditas: la planificación económica centralizada llevada al extremo durante casi setenta años demostraba sus retrocesos con una crisis económica que tendía a agravarse.

Veinte años atrás, la producción per cápita no había crecido. En términos de estándares de vida, la Unión Soviética ocupaba el lugar 60 entre 211 países del mundo y el lugar 17 entre las economías mundiales, detrás de Checoslovaquia y de lo que era Alemania del Este. La mitad de su producto nacional bruto lo conformaban gastos no productivos y pérdidas; el número de personas sin trabajo pasaba los 70 millones, y de cada rublo que circulaba solamente 28 centavos contaban con respaldo mercantil. Pero lo más impactante era que la Unión Soviética contaba con una economía dual: un sector estaba dedicado a la producción industrial pesada, con la mayor parte del producto destinado al sector militar; el resto era una economía de consumo atrasada: en la agricultura se contaba con un 25% de la fuerza de trabajo, en comparación con menos del 4% en Estados Unidos, a pesar del hecho de que en la producción de trigo, el principal cultivo, las dos regiones en los dos países tienen un tamaño comparable.

Por otra parte los ciudadanos de ese país empezaban a reclamar vida democrática, luego de más de 70 años de su ausencia.

Ante esto, en 1985, Gorbachov se propuso, sin querer cambiar de sistema, impulsar una gran reforma en su país con el propósito de renovar el socialismo real; la Perestroika buscaba

poner fin a los largos años de estancamiento económico del período de Brezhnev, instaurando una economía de mercado; la Glasnot proponía la crítica y la autocrítica, como formas eficaces para la democracia socialista.

A su vez, desplegó una intensa política internacional de distensión, que concluyó con la caída del muro de Berlín y la consecuente conclusión de la guerra fría.

Esto último se ligaba en forma directa, con la situación de deterioro interno del país, pues la misma era consecuencia de la competencia con la economía mundial, a la que la URSS buscó integrarse mediante la distensión. En ese marco reconoció también los derechos de las naciones de Europa del Este, a romper con el socialismo y transitar el camino que ellas mismas decidieran.

El tránsito hacia una economía de mercado partía de la reestructuración de la industria militar para desarrollar las industrias de alta tecnología sustentadas en el conocimiento, para posteriormente y de manera gradual -según la estrategia de Gorbachov- introducir los mecanismos del mercado a través de los cuales los compradores y vendedores pudieran aparear sus necesidades de oferta y demanda por medio de las señales de información que ofreciera el precio.

Pero contrariamente a las expectativas, la implantación de reformas parciales ortodoxas del sistema de planificación centralizada y obligaron a extremar aún más, las medidas de liberalización más allá del control de los reformadores.

Fenómenos como la escasez y el mercado negro se dispararon a niveles imprevisibles.

Para 1990 más de las dos terceras partes de la población no tenía fe en los éxitos de la Perestroika; nadie podía negar que la economía de la URSS iba de pique, que el proceso de desmoronamiento del sistema económico era infrenable.

Sin embargo, en contraste con la condición económica del país y de su inevitable descomposición, la evolución política desde el ascenso al poder de Gorbachov puede considerarse en varios aspectos como una ruptura con respecto a la práctica totalitaria del pasado. En primer lugar, y lo que resultó trascendental, era que el propósito de reestructurar el sistema, de emprender la "revolución desde arriba" -en boca de Gorbachov- incluía la participación activa de la ciudadanía.

En segundo lugar, pero no menos importante, la Glasnot permitió, no sólo ventilar la historia y la realidad, lo que contribuyó a crear una nueva toma de conciencia, sino que posibilitó la auto-organización social, a crear organizaciones autónomas.

No obstante la evolución política del país distó mucho de ser unilineal, de un avance incontenible e irreversible. Por el contrario, los meses transcurridos desde el ascenso al poder de Gorbachov se caracterizaron por jaleos y abiertas crisis.

Para Gorbachov, el motor de cambios debía provenir del Partido Comunista. Pero este partido se mostró incapaz de renovarse; de constituirse en el motor de cambios. Muy pronto

quedó dividido entre dos tendencias: la conservadora y la reformista. Gorbachov trató de conservar una posición centrista.

Los sectores conservadores no se oponían a la instauración de la economía de mercado, pero pugnaban por hacerlo con los métodos tradicionales del socialismo. De igual manera no coincidían con la política internacional de Gorbachov. Por otra parte, los sectores reformistas le exigían mayor celeridad en los cambios. Y un tercer sector formado, principalmente, por obreros de las principales repúblicas, acallado por los medios de comunicación masiva de Occidente, exigían una verdadera dictadura del proletariado: de 1986 a 1988 por ejemplo, se contaron más de 250 manifestaciones no autorizadas en Moscú, Leningrado y otras ciudades.

Simultáneamente, la crisis económica agravaba la situación de los ciudadanos, por lo que el liderazgo de Gorbachov se debilitó cada vez más al interior de su país.

En medio de esta dinámica, en marzo de 1990, Lituania declaró su independencia de la URSS. Le siguieron las otras dos repúblicas bálticas, y luego muchas otras de la Federación impulsadas por Rusia.

Para entonces el líder de esta última, Boris Yeltsin sobresalía ya como representante de los reformistas.

Durante todo este tiempo, Gorbachov estuvo luchando en contra de la guerra civil, hasta agosto de 1990 en que tiene lugar el golpe de Estado por parte de los conservadores.

Aun cuando el golpe fue un fracaso, la caída de Gorbachov se aceleró y tomó primacía la figura de Yeltsin al apoyarse en las masas y encabezar la resistencia al golpe.

La consecuencia inmediata fue la muerte ya consumada del PCUS, organismo que había guiado el destino de la URSS desde 1903. Primeramente Yeltsin, investido de poderes especiales prohibió la actividad de las células del partido en todo el territorio ruso y posteriormente Gorbachov, al aceptar el cambio de realidad, determinó su autodisolución. Con ello terminó la deformación de uno de los legados más grandes de Lénin: el partido bolchevique.

Otra de las consecuencias fue la radicalización de la política independentista por parte de las repúblicas. Una vez desintegrado el poder central del partido rechazaron el tratado de la Unión, propuesta por Gorbachov, en el momento en que era indispensable mostrar la unidad del Kremlin hacia el exterior, sobre todo después de haberse concluido la Guerra Fría. En su lugar se aprobó la Comunidad de Estados Independientes, a iniciativa autoritaria y desgregadora de la Rusia de Yeltsin y como corolario de la independencia de Ucrania y del histórico acuerdo entre las repúblicas eslavas: Rusia y Ucrania eran la columna vertebral de la URSS.

Gorbachov dejó en 1991 el gobierno de un país que ya no existía. La grandeza de la URSS fue sustituida por una Comunidad sin grandeza.

Herbert Marcuse vislumbró posibilidades de desarrollo de un verdadero comunismo en la ex-Unión Soviética, en la medida en que ésta se fortaleciera industrialmente; pero no imaginó siquiera las consecuencias económicas desastrosas de una estructura volcada hacia la tecnología militar. En esto, sin lugar a dudas, el cerco capitalista internacional, amenaza constante, ya señalada atinadamente por Marcuse, tuvo una gran responsabilización.

El capitalismo internacional también tendrá que responder por su falta de comprensión sobre la extrema fragilidad de Gorbachov, posición que sin duda contribuyó a la situación actual, cuya víctima es la sociedad soviética. Sus reservas en apoyar financieramente a la URSS imposibilitaron un cambio gradual al libre mercado, hecho que finalmente fortalecería al capitalismo. Por el contrario, prefirieron no arriesgar su capital y se apresuraron a aceptar el independentismo de las repúblicas, complacidos por la destrucción del viejo orden, aunque hasta el momento no pueda constituirse el nuevo orden del libre mercado.

Hoy la Comunidad de Estados Independientes, encabezados por Rusia continúa en el borde del desastre económico y político. La crisis entre fuerzas sociales vivas que le daría definición a la ex-Unión Soviética, hecho previsto por Trotsky, ha resultado en un cambio de la planificación hacia el capitalismo en lugar de un avance del colectivismo a la democracia.

Gorbachov, quien sinceramente quería salir del totalitarismo y del centralismo económico sin cambiar el sistema socialista,

dejó escapar las riendas del proceso, cayendo en el error de equiparar la economía de mercado de los países de Europa occidental y de Estados Unidos con la bonanza de esos pueblos, olvidando que existe el tercer mundo, olvidando que ante una Europa desarrollada y frente a un imperio norteamericano existe una América Latina empobrecida.

En este sentido las experiencias aperturistas de Polonia, Hungría o Yugoslavia con su incorporación de formas de gestión y congestión, de sectores intermedios cooperativos, solidarios, mutuales y semipúblicos, y la búsqueda de una forma de planificación democrática de la economía, muestran una forma de organización económica más adecuada para sus estructuras, que la capitalista.

La responsabilidad histórica de Gorbachov, su más grande error, si así puede calificarse su posición política, consistió en que: hasta prácticamente el último momento confió en los aparatos del partido comunista como la fuerza impulsora de la Perestroika; pretendió no sólo reasegurar a la burocracia partidaria su permanencia en el poder, sino la lealtad y la confianza en esos aparatos. Pero los círculos concéntricos del poder estaban tan amurallados que era peligroso practicar aperturas. Un sistema tan cerrado no podía abrirse nada más que sobre el caos.

Para la historia, Gorbachov sienta el antecedente de un proyecto de socialismo "con rostro más humano"; el proyecto de un

hombre que desde su nombramiento en el poder, vivió un permanente choque entre su papel histórico y su realidad.

"El destino dispuso que cuando yo me vi al frente del Estado ya estaba claro que el país no marchaba bien. Tenemos mucho de todo: tierra, petróleo, gas, carbón, metales preciosos, otras riquezas naturales, y tampoco Dios nos afendió en cuanto a inteligencia y talento, pero vivimos bastante peor que los países desarrollados y nos atrasamos cada vez más respecto a ellos. La causa ya se veía: la sociedad se asfixiaba en las tenazas del sistema de autoritarismo burocrático. Condenado a servir a la ideología y a cargar el horrible fardo del armamentismo, estaba al borde de sus posibilidades..." (del Texto de la dimisión de Gorbachov). (3)

Eduard Shevardnadze, en su libro, había señalado lo mismo con datos sobrecogedores:

"Nosotras nos hemos convertido en una superpotencia gracias, esencialmente, a nuestro potencial militar. Pero la hipertrofia desenfrenada de ese potencial han hecho de la URSS un país de tercer orden y ha dado nacimiento a un proceso que nos llevaba al borde de la catástrofe. Superando a Estados Unidos, aproximadamente en una vez y media o dos veces en gastos militares respecto al Producto Nacional Bruto, estamos en retraso, respecto a ellos, en dos veces y media en lo que concierne al presupuesto de la salud pública..."

3. Juan María Alponse; "La nueva geopolítica atómica", El Nacional, México, 28 de diciembre de 1991, p. 4.

Prosigue Shevardnadze: "Si nosotros nos enorgullecemos de haber llegado a la paridad militar con Estados Unidos no podríamos arriesgarnos a soñar en la paridad en la producción de jeringas desechables, alimentos y bienes de primera necesidad cuya penuria catastrófica no ha reforzado en nada nuestra seguridad ni ha contribuido a la garantía de nuestros intereses nacionales. Ocupando la primera plaza en el mercado mundial de armamentos, con el 28 por ciento mundial de las ventas, y habiendo hecho del Kalachnikov el florón de nuestra tecnología, estamos situados en el lugar 60 del mundo en cuanto a nivel de vida, en el 32 para la esperanza de vida y en el 50 para la mortalidad infantil..." (4)

4. Op. Cit., p. 4.

B I B L I O G R A F I A

- ADORNO, Theodoro; La personalidad autoritaria, Ed. Harper, Nueva York, 1956.
- ALTHUSSER, Louis; Nuevos escritos: crisis del movimiento comunista internacional, frente a la teoría marxista, Ed. Laia, Barcelona, 1977.
- ASSOUN, Paul-Laurent; La Escuela de Frankfurt; Publicaciones Cruz O., S.A., México, 1991.
- BERNSTEIN, Richard J.; La reestructuración de la teoría social y política, F.C.E., México, 1990.
- BENJAMIN, Walter; Theses on the Philosophy of History, Ed. Hannah Arendt, Nueva York, 1968.
- BOUDON, Raymond et al.; Metodología de las ciencias sociales, Laia, Barcelona, 1971.
- BUBER, Martin; ¿Qué es el hombre?, F.C.E., México, 1992.
- COLLETI, Lucio; Ideología y Sociedad, Universidad Central, Venezuela, 1974.
- DONOLO, Carlo et al.; La cultura del 900, Siglo XXI Editores, México, 1985.
- ENRIQUEZ IBÁÑEZ, José; Teoría crítica y sociología, Siglo XXI Editores, México, 1980.
- ESCOHOTADO, Antonio; Utopía y Razón; El Libro de Bolsillo, Madrid, 1969.
- FREUD, Sigmund; Obras Completas, Tomo XXI, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
- FRIEDMAN, George; La Filosofía Política de la Escuela de Frankfurt, F.C.E., México, 1986.
- FROMM, Erich; La sociedad industrial contemporánea, Siglo XXI Editores, México, 1967.
- GALVAN DIAZ, Francisco; Touraine y Habermas; ensayos de Teoría Social, Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1986.
- GORBACHOV, Mijaíl; Perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo, Ed. Diana, México, 1988.

- HABERMAS, Jürgen; Respuestas a Marcuse, Ed. Anagrama, Barcelona, 1969.
- HOCKUARD, Gastón; Marcuse y el Freudomarxismo; Ed. Roca, México, 1973.
- HORKHEIMER, Max et al.; Dialéctica del iluminismo, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1987.
- _____ ; Teoría Crítica, Ed. Amorrortu, Seix Barral, Buenos Aires, 1974.
- JAY, Martin; La imaginación dialéctica, Ed. Taurus, Madrid, 1979.
- LEGUINECHE, Manuel; La primavera del Este, 1917-1990: la caída del comunismo en la otra Europa, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1990.
- LUKACS, Georgy et al.; Sobre la Revolución Rusa, Ed. Grijalbo, México, 1980.
- MARCUSE, Herbert; El hombre unidimensional, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968.
- _____ ; El marxismo soviético: un análisis crítico, Ed. Alianza, Madrid, 1969.
- _____ ; Eros y Civilización, Ed. Ariel, Barcelona, 1989.
- _____ ; La sociedad carnívora, Ed. Galeana, Buenos Aires, 1969.
- _____ ; La sociedad opresora, Ed. Tiempo Nuevo, Caracas, Venezuela, 1970.
- _____ et al.; Marcuse ante sus críticos, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1975.
- _____ ; Para una teoría crítica de la sociedad, Ed. Tiempo Nuevo, Caracas, Venezuela, 1971.
- _____ ; Psicoanálisis y política, Ed. Península, Barcelona, 1969.
- _____ ; Ontología de Hegel, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1970.
- _____ ; Razón y Revolución, Ed. Alianza, Madrid, 1974.

- MATTICK, Paul; Critica de Marcuse. El hombre unidimensional en la sociedad de clases, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1974.
- MARCZEWSKI, Jean; ¿Crisis de la planificación socialista?, F.C.E., México, 1979.
- MOYA, Carlos; Sociólogos y Sociología, Siglo XXI Editores, México, 1970.
- NEVIT SANDORF, R.; The authoritarian personality, Nueva York, 1950, (fotocopiado)
- NOVACK, George; Las tres primeras internacionales. Su historia y sus lecciones, Edit. Pluma, Bogotá, 1980.
- O'NEILL, John; On Critical Theory, Ed. Heinemann, London, 1977.
- PERLINI, T.; La Escuela de Frankfurt, Edit. Monte Avila, Barcelona, 1976.
- POULANTZAS, Nicos; Hegemonía y dominación en el Estado moderno, Ed. Pasado y Presente, México, 1977.
- RUIZ, Elivra de et al.; Europa se reencuentra. La difícil transición del Este al Oeste, Ed. País-Aguilar, Madrid, 1991.
- RUSCONI, Gian Enrico; Teoría crítica de la sociedad, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1969.
- SACRISTAN, Manuel; Papeles de Filosofía, Tomo III, Ed. Icaria, Barcelona, 1984.
- SEMO, Enrique; Crónica de un derrumbe, Ed. Proceso-Grijalbo, México, 1991, 274 ps.
- SERGE, Víctor; Memorias de un revolucionario, Ediciones El Caballito, México, 1973. 442 ps.
- SIGISMONDI, Carlo; Marcuse y la sociedad opulenta, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1977.
- SLATER, Phil; Origin and Significance of the Frankfurt School. A Marxist Perspective, Ed. Heinemann, London, 1977.
- SOLARES, Blanca; "La Escuela de Frankfurt o El Gran Hotel del Abismo", La Teoría Social del Siglo XX, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- TEODORI, Massimo; Las nuevas izquierdas europeas. (1956-1976), Vol. II, Ed. Blume, Barcelona, 1978.

- THERBORN, Göran; La Escuela de Frankfurt, Cuadernos Anagrama, Barcelona, 1972.
- TROTSKY, León; El testamento de Lenin. Análisis y crítica, Ediciones El Socialista, México, 1984.
- TROTSKY, León; La revolución desfigurada, Ed. Juan Pablos, México, 1972.
- _____ ; La revolución permanente, Ed. Fontamara, España, 1979.
- _____ ; La revolución traicionada, Ed. Juan Pablos, México, 1972.
- _____ ; Su moral y la nuestra, Ed. Juan Pablos, México, 1972.
- URIBE VILLEGAS, Oscar; Imágenes del hombre en sociedad en la Rusia zarista y en la Unión Soviética, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1977.
- WELLMER, Albrecht; Teoría crítica de la sociedad y positivismo, Ed. Ariel, Barcelona-México, 1979.
- YELTSIN, Boris; Contra el grano, Autobiografía (fotocopiado), 1993.

H E M E R O G R A F I A

- ALPONTE, Juan María; "La nueva geopolítica atómica", El Nacional, México, 28 de diciembre de 1991, pp. 1 y 4.
- BELL, Daniel; "Behind the soviet economic crisis", revista Dissent, Invierno de 1990. (Fotocopiado).
- BOLAFFI, Angela; "Viaje especial por las teorías de la Escuela de Frankfurt a 20 años de la muerte de Adorno, a 10 de la de Marcuse", de L'Espresso, Roma, 2 de septiembre de 1989.
- BOKSER de LIWERANT, Judith; "Apuntes sobre la Teoría Crítica de la Sociedad", Estudios Políticos, No. 3, abril-junio, México, 1977, pp. 19-29.
- GRASS, Günter; "Alemania necesita unión no sólo unidad", El Nacional, México, 7 de noviembre de 1991.
- HABERMAS, Jürgen; "Impracticable la democracia radical", La Jornada, México, 12 de septiembre de 1989.
- _____ ; "Autocorrecciones, clave de sobrevivencia del capitalismo", La Jornada, México, 13 de septiembre de 1989.
- _____ ; "Las clases sociales no son eternas", Excelsior, México, 13 de septiembre de 1989.
- KOROLEV, Valentín; "Entre las paredes de la KGB", Semanario Forum, No. 84, Polonia, agosto de 1991.
- MENDEZ PACHECO, Teresa; "Metodología y epistemología de las ciencias sociales en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, año XLVI, No. 1, enero-marzo, 1984, pp. 291-301.
- MILLAN, Mágina; "Teoría crítica y reflexión de la cultura", Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, FCPyS, UNAM, 1986.
- MARBUTT, Maja; "La KGB tras la puerta", Diario Rzeczpospolita, No. 83, Polonia, 9 de abril de 1991.
- PATULA, Jan; "Los resortes del golpe en la URSS", El Nacional, México, 12 de septiembre de 1991.
- PUNTES SANCHEZ, Ricardo; "La investigación científica en las ciencias sociales", Revista Mexicana de Sociología, Año XLVI, No. 1, enero-marzo, 1984, pp. 129-161.
- THERBORN, Göran; "Frankfurt Marxism: a Critique", New Left Review, No. 3, New York, 1970, pp. 65-96.